REVISTA KARMEL

ORDEN SEGLAR DE CARMELITAS DESCALZOS - CALI
PROVINCIA SANTA TERESITA DEL NIÑO JESÚS DE COLOMBIA

Edición especial
abril
No. 12
2022

CHIQUITUNGA:

"Todo te ofrezco, Señor"

SUMARIO

1. Chiquitunga, una mujer de carne y hueso

3. María Felicia de Jesús Sacramentado: amor a Jesús y vocación de apóstol

8. Una vida inmolada por Él, con Él y en Él

13. "Todo te ofrezco, Señor"

19. Testimonio de plenitud humana y de santidad

26. Modelo para el laico del siglo XXI

30. Paciencia de Chiquitunga en la enfermedad

34. La Beata María Felicia toca el corazón de de sus devotos desde la fe

38. Píldoras carmelitanas

CHIQUITUNGA, UNA MUJER DE CARNE Y HUESO

Sonia Beatriz Villalba Idoyaga, Paraguay
Autora del libro "La Mujer, María Felicia Guggiari Echavarría"

La beata María Felicia de Jesús Sacramentado, conocida por la fe popular como **Chiquitunga, fue una mujer de carne y hueso, de vida intensa, plena y radical.**

Su intensidad de vida se desarrolló dentro de la Iglesia Católica como laica, llevando adelante un apostolado ordinario; con alegría evangélica en todas las tareas que debía realizar.

Una mujer de carácter firme, pero siempre sonriente, de aguda inteligencia, pensamientos claros y actitudes de caridad.

Las virtudes de Chiquitunga son muchas y pareciera que fue dotada especialmente por Dios para llegar a la santidad. Sin embargo, su santidad se gestó en la vida cotidiana, real, a través de sus esfuerzos como estudiante, hija, hermana, docente de primaria, como amiga y confidente.

Los datos históricos de su vida indican que fue laica durante 30 años, desarrollando un apostolado útil, fructífero, pedagógico y caritativo, ofrecido por ella a Dios como ofrenda de su debilidad.

Ella misma narra en sus cartas que se sentía débil y sin fuerzas en varias situaciones de la vida, al punto de ofrecer a Dios cada uno de los instantes colmados de fragilidad, como el único regalo que ella le podía dar.

A Chiquitunga no se le ahorró el sufrimiento, ni el sacrificio, ni la fatiga. Vivió en un tiempo difícil, en el cual las mujeres tenían limitaciones sociales que le restringían ciertas actividades laborales, actitudes en el desarrollo de la personalidad, incluso derechos ciudadanos.

Sin embargo, no encontramos en ella signos de rebeldía social o de frustraciones emocionales. Por el contrario, vemos en ella ansias de vida, determinadas por una urgencia de plenitud.

Evidentemente tenía un carácter definido y decidido que le permitió ejercer liderazgos positivos en todos los campos en los cuales se desenvolvió como persona.

Chiquitunga aspiraba diariamente a la santidad, a través de su humanidad. Ella entendía la santidad como plenitud de vida. Vivía lo que le tocaba vivir, es decir, vivía la realidad para llegar a ser santa y este es un aspecto fundamental en su figura, ya que su ejemplo de santidad es vivir la humanidad tal como se presenta.

La humanidad de María Felicia era similar a la humanidad que ontológicamente poseemos todos. Prueba de ello es que podemos confrontar nuestros miedos, luchas y dolores con los suyos e identificarnos totalmente con ella.

La identificación nuestra, con una santa, en los rasgos más simples y, por qué no, en las fatigas por dificultades menores o el dolor, ante la prueba más fuerte, es probablemente un motivo de escándalo personal ante la supuesta osadía de querer estar a su altura. Sin embargo, no hay nada más sencillo (y que debe ser motivo de alegría y de consuelo), que mirar nuestros dolores, sentimientos y encontrarlos de idéntica forma en ella. **Esta es la grandeza de Chiquitunga: vivir humanamente sin que los errores, debilidades y limitaciones nos escandalicen y paralicen.**

El escándalo que provocan nuestros errores es la forma más eficaz de alejarnos de la gracia divina y esto lo comprendió Chiquitunga muy bien. Tanto así que le rogaba todo el tiempo a su amado Jesús que la rescatara, convirtiéndose en una mendiga perpetua del amor de Dios: *"Ayúdame, Jesús mío, a aceptar plenamente con alegría tu voluntad, a recibir con calma todas las pruebas, a no impacientarme con la no respuesta a mi pregunta insistente" (Diario A, escrito por Chiquitunga).*

Chiquitunga logró desarrollar una intuición maravillosa sobre las ventajas que obtenía el alma al ofrecer todo u ofrecer poco, pero ofrecer siempre al Señor.

"Si no fuera porque la gracia de Dios nos sostiene, que sería de nosotros. Y qué bueno es Dios con nosotros, conmigo, criatura miserable, puñado de tierra pecadora, ingrata" (Diario A).

Chiquitunga es un testimonio de vida que nos anima a seguir viviendo dentro de nuestra humanidad pecadora, pero dando pasos de humildad, confiados en las promesas de Cristo que puede y desea salvarnos.

MARÍA FELICIA DE JESÚS SACRAMENTADO:

amor a Jesús y vocación de apóstol

Fray Carlos Medina, OCD Paraguay

María Felicia nació en la República del Paraguay, en la ciudad de Villarrica, capital del departamento del Guairá, el día 12 de enero de 1925. Es la mayor de siete hermanos, en el seno de una familia tradicional y cristiana. Se presentaba siempre como "guaireña".

Sus padres fueron Ramón Guggiari y Arminda Echeverría. El papá, en razón de que era menudita, la apodó: "Chiquitunga".

A los 16 años, María Felicia pasó a formar parte de la Acción Católica y después de casi dos años de adhesión entusiasta al movimiento, el día 26 de octubre de 1942, se consagró al apostolado; consciente de su vocación personal a ese apostolado integral, como ella dice diez años después: "Hoy cumplo diez años, si mal no recuerdo, de mi ¡consagración al apostolado! (subrayado original), la gracia de que, después del Bautismo y la Eucaristía, más indigna es mi persona y la más grande y sublime con que Dios me obsequiara".

En 1950 se trasladan con toda su familia a Asunción. Allí continuó su vínculo con la Acción Católica. Trabajó como docente y a los 30 años ingresó al Carmelo y murió enferma de púrpura en el año 1959, a sus 34 años, con olor de santidad. Las últimas palabras fueron: "Jesús, te amo, qué dulce encuentro, Virgen María".

EL APOSTOLADO ES MI VOCACIÓN

El Concilio Vaticano II, entre tantas cosas que renovó en la Iglesia, a partir del concepto de la misma como "pueblo de Dios, cuerpo de Cristo y templo del Espíritu Santo", **fue el tema del puesto del laico en la Iglesia y el de su apostolado: el seglar no es un cristiano de segundo orden y no lo planteó por escasez de vocaciones clericales.**

Poco a poco fueron saliendo a la luz los frutos del Concilio: primero la Constitución Lumen Gentium c. V ("La vocación universal a la santidad en la Iglesia"), que aludió al tema de la santidad para todos, incluidos naturalmente los seglares: "Todos los fieles cristianos, en las condiciones, ocupaciones o circunstancias de su vida, y a través de todo eso, se santificarán más cada día si lo aceptan todo con fe de la mano del Padre celestial y colaboran con la voluntad divina, haciendo manifiesta a todos, incluso en su dedicación a las tareas temporales, la caridad con que Dios amó al mundo" (nro. 41). ¡La vocación universal a la santidad, que había llegado a ser para los seglares una utopía!

Pero luego en el Decreto Apostolicam Actuositatem se declaró explícitamente que la misión apostólica no es tarea de clérigos, sino incumbencia de todos y cada uno de los cristianos; sea individualmente: **"Cada cristiano está llamado a ejercer el apostolado individual en las variadas circunstancias de su vida". Sea organizadamente: "Recuerde, sin embargo [el cristiano], que el hombre es social por naturaleza y que Dios ha querido unir a los creyentes en Cristo en el pueblo de Dios… Por consiguiente, el apostolado organizado responde adecuadamente a las exigencias humanas y cristianas de los fieles" (nro. 18).**

Antes del Concilio, incluso con el movimiento de la Acción Católica, ya se había logrado el protagonismo y el reconocimiento de los laicos dentro de la Iglesia y fuera de ella.

Dice Yves Congar, fraile dominico y teólogo: "Los laicos fueron invitados a hacer apostólicamente la Iglesia; a realizar, creándolo a compás, el programa de las relaciones entre la Iglesia y el mundo. En la Acción Católica de entonces se mostraba una verdadera propensión por la doctrina del cuerpo místico, la participación de los fieles en el culto eucarístico, etc. Se comenzaba a redescubrir que la Iglesia debía también hacerse por sus miembros"[1].

Sin duda, **María Felicia descubrió su vocación de apóstol en el movimiento de Acción Católica en el que se abrían las puertas a los laicos, sobre todo a tener mayor protagonismo dentro de la Iglesia y el mundo.**

De esta manera, el laico iba tomando mayor protagonismo dentro de la comunidad eclesial, al mismo tiempo que la propia Iglesia se iba renovando gracias a los nuevos espacios concedidos a los laicos como fruto de las reflexiones que se venían realizando en el seno de la misma[2].

[1] Y. CONGAR, *Jalones para una teología del Laicado*, Editorial Estela, Barcelona, 1965, p. 72. Cabe señalar que la obra de Congar "Jalones para una Teología del Laicado" salió publicado en su original francés ya en el año 1951.

[2] "A la manera que un solo cuerpo tenemos muchos miembros, y todos los miembros no tienen la misma función, así nosotros, siendo muchos, somos un solo cuerpo en Cristo, pero cada miembro está al servicio de los otros miembros. Así todos tenemos dones diferentes, según la gracia que nos fue dada…" (Rm 12, 4-6); "Vosotros sois el Cuerpo de Cristo y sus miembros cada uno en su parte" (1Cor 12, 27); doctrina repetida por S. Pío XII en estos términos: "No hay que creer que esta estructura armoniosamente distribuida, orgánica como suele decirse, de este Cuerpo que es la Iglesia, sea perfecta y se defina sólo por los grados de la Jerarquía… Cuando los Padres de la Iglesia hablan de los ministerios, grados, condiciones, estados, órdenes, funciones de este Cuerpo, no piensan solamente en los constituidos en órdenes sagradas, sino también… etc.". Los laicos, cada cual, según sus circunstancias vitales y su situación en el Cuerpo Místico, aportan realmente algo, contribuyendo a edificar el Templo de Dios. En y por la vida de los fieles (también los sacerdotes en cuanto fieles) las energías salvíficas de Cristo se despliegan en la dimensión de la Historia y del mundo para conducir a Dios todas las riquezas de la Creación en la que Cristo es el Primogénito y el rey". ID., *Jalones para*

La acción es el aspecto específico del apóstol, del enviado de Jesús. Por eso la Acción Católica imantó de tal modo la vida de esta "guaireña" que puede decir: **"Yo siento que el apostolado, ya sea de oración o de acción, es mi vocación… Mi consagración al Señor está hecha; ya nada me pertenece, ni me pertenezco..."[3].**

Una fuerte acción apostólica que le exige intensa unión con Jesús, intenso renunciamiento**: "Haz que este ardor de mi corazón se trueque en una vida intensa de unión contigo, Dueño amado, de intenso apostolado por tu gloria y salvación de las almas, de intenso renunciamiento. ¡Vivir solo para Vos, por Vos y en Vos!"[4].**

Uno de los promotores principales del laicado fue el Papa Pío XII. Durante su pontificado se dieron pasos muy importantes en la profundización de la teología del laicado en la Iglesia. El mismo Papa afirma que "todos los fieles, sin excepción, son miembros del cuerpo místico de Cristo"[5].

No cabe duda de los pasos fundamentales que se fueron dando en su Pontificado, sobre todo con la intención de superar dentro de la Iglesia un elemento puramente activo (la jerarquía), y otro puramente pasivo (los seglares). "Todos los miembros de la Iglesia son llamados a colaborar en la edificación y perfeccionamiento del cuerpo místico de Cristo. Todos son personas libres y deben por esto mismo ser activos"[6].

Esta afirmación del Papa, María Felicia la tomó al pie de la letra. Además de tenerle una gran devoción, se sentía parte y miembro activo de la Iglesia.

Así de decidida y comprometida se le veía a Chiquitunga: **"Desde este nuevo momento, sin espera de un minuto, iniciemos la ardua pero hermosa tarea de conocer y hacer conocer a Cristo, más aún ¡vivir en Cristo, para Cristo y por Cristo!"[7].**

FIN INMEDIATO DE SU APOSTOLADO

El objetivo de su apostolado es explícitamente la nota primera, señalada por el decreto conciliar Apostolicam Actuositatem nro. 20: la evangelización y la santificación.

"El fin inmediato es el fin apostólico de la Iglesia, es decir, la evangelización y santificación de los hombres y la formación cristiana de sus conciencias…": "¡Qué hermoso campo de apostolado, Sauá! ¡Ay! Es que no sabe las ansias que tengo de saber algo y, sobre todo, de poder transmitirles a estas almas sedientas de cosas superiores, saber transmitirles ¡el Evangelio de Cristo ampliamente vivido y el pensamiento de la Iglesia, nuestra buena Madre!"[8].

María Felicia siente la necesidad de anunciar y transmitir el Evangelio de Cristo a cuantos pudiere.

---

una teología del Laicado, Editorial Estela, Barcelona, 1965, p. 136.

[3] M. F. GUGGIARI, *Diario A, 205*, en *Proceso* II, 323.
[4] ID., *Diario A*, 36, en *Proceso* II, 242.

[5] A. ANTÓN, *El Misterio de la Iglesia*, BAC, Madrid 1986, 608.
[6] ID., *El Misterio de la Iglesia*, BAC, Madrid 1986, 609.
[7] M. F. GUGGIARI, *Csa, 21, 6*, en *Proceso* II, 242
[8] ID., *Csa, 4, 8*, en *Proceso* II, 396.

Ella misma experimenta el gozo y un gran deseo interior de compartir su propia vivencia, no solo quiere compartir su experiencia de Cristo. Al mismo tiempo, reconoce que el Evangelio de Cristo es de toda la Iglesia y para todos los hombres, por lo tanto, no es poseedora de él. De ahí el doble sentimiento: goza de la fe en Cristo que la desborda y quiere compartir y siente el compromiso, como hija de la Iglesia, de anunciar a Cristo.

En este sentido, el Papa Pablo VI recordará a todos los fieles que "la Iglesia misma es quien envía a los evangelizadores" para trasmitir y anunciar con fidelidad el Evangelio de Cristo[9].

María Felicia reconoce que a veces siente la tentación de ser ella la protagonista y, como consecuencia, acusa el cansancio y el desaliento; cuando en realidad es un instrumento, como ella misma reconocerá, un simple instrumento de Dios[10].

PROTAGONISMO DE LA MUJER EN LA SOCIEDAD

El Papa Pío XII, en el año 1957, dirigiéndose a las mujeres en una de sus alocuciones, decía: "Vosotras (mujeres de las organizaciones femeninas católicas), sois miembros del cuerpo místico de Cristo, incorporadas en él como en un organismo animado por un solo Espíritu y dotado de una misma y única vida. La unión de los miembros con la cabeza no implica en absoluto que estos cedan su propia autonomía o renuncien a ejercitar sus funciones; más aún, es de la cabeza de quien reciben los miembros el impulso continuo que les permite obrar con vigor y acierto, en perfecta coordinación con todos los otros miembros para el bien del cuerpo entero"[11].

María Felicia, atenta al mensaje de la Iglesia, acogió como suyo el mensaje del Papa dirigido para todos los miembros de la Iglesia. Se sentía plenamente miembro de ella y experimentaba una llamada muy personal a colaborar desde su condición de laica y mujer en la tarea misionera de la Iglesia universal: "No porque sea yo. ¡Tú lo sabes, Señor! Ahí, ahí me propongo estar y cumplir el pedido del Santo Padre: presencia de la mujer cristiana en el mundo de hoy y trabajar hasta hacer que el día tenga 25 horas, hasta caer rendida de felicidad por haber tenido todo y haber dado todo, especialmente este afecto, Señor, que, renovando mi ofrenda, lo pongo nuevamente a tus plantas"[12].

[9] "Enviada y evangelizada, la Iglesia misma envía a los evangelizadores. Ella pone en su boca la Palabra que salva, les explica el mensaje del que ella misma es depositaria, les da el mandato que ella misma ha recibido y les envía a predicar. A predicar no a sí mismos o sus ideas personales, sino un Evangelio del que ni ellos ni ella son dueños y propietarios absolutos para disponer de él a su gusto, sino ministros para transmitirlo con suma fidelidad" (EN 15).

[10] "Muchas veces siento un cierto desaliento, y es cuando estoy por creer que yo soy la autora de todo; pero gracias a Dios que me da su luz para que reconozca que en verdad no soy sino, como dice Santa Teresita, "una frágil caña movida por el viento" (Historia de un alma. Ms A. "Explicación del escudo de armas" (Cf. Ms "A" fol. 85 vº). Es la lucha del impulso espontáneo del orgullo con su "verdad" descubierta en su confrontación con Jesús, al que quiere darse de veras y sin límite en cuerpo y alma. "Lo único que aspiro es servir a la causa en cuerpo y alma hasta caer rendida; pero aun rendida, seguir" (M. F. GUGGIARI, *Diario A, 62*, en *Proceso* II, 256).

[11] A. ANTÓN, *El Misterio de la Iglesia*, BAC, Madrid 1986, 609.

[12] M. F. GUGGIARI, *Diario A, 59, 6*, en *Proceso* II, 254.

Convencida de su fe, de su vocación, enamorada de Cristo y de la Iglesia, no nos extraña que dijera que le gustaría "trabajar hasta hacer que el día tenga 25 horas", con el objetivo de dar a conocer a Cristo (su Ideal por excelencia), y sobre todo con el deseo profundo de "haber tenido todo y haber dado todo".

En cada expresión suya suena como música de fondo su lema favorito: "Todo te ofrezco Señor". Nada se guarda para sí misma.

Es de alabar y digno de destacar el tema de la mujer dentro de la Iglesia como en la sociedad. La mujer va ganando mayor espacio y protagonismo, no sin esfuerzo. De ahí la importancia de resaltar los pasos que la propia Iglesia va dando para reconocer con mayor fuerza el papel importantísimo que está ejerciendo y debe desempeñar la mujer dentro de la misión de la Iglesia.

El documento Christifideles Laici dedica un amplio espacio a la mujer, a fin de destacar que como laica tiene un papel imprescindible en la Iglesia y en la sociedad[13].

El mismo Concilio Vaticano II es consciente y reconoce la gran labor que pueden y están desempeñando los laicos, hombres y mujeres, en la misión de toda la Iglesia. "Ciertas particularidades, sin embargo, pertenecen especialmente a los laicos, hombres y mujeres, en razón de su condición y misión. Los sagrados Pastores, en efecto, saben muy bien que los laicos contribuyen mucho al bien de toda la Iglesia. Cada uno, a su manera, colabore unánimemente en la tarea común" (LG 30).

En este marco hay que entender el compromiso apostólico de María Felicia dentro de la misión de la Iglesia.

Ya en el siglo XVI, Santa Teresa de Jesús había animado a sus monjas a seguir con valentía, que a fin de cuenta Dios es el juez justo y no desaprovecha nada, "aunque sea de mujeres".

En este mismo sentido, Chiquitunga asumirá los deseos de Teresa como programa de vida dentro del Carmelo: "¿No basta, Señor, que nos tiene el mundo acorraladas e incapaces para que no hagamos cosa que valga nada por Vos en público no osemos hablar algunas verdades que lloramos en secreto, sino que no nos habíais de oír petición tan justa? No lo creo yo, Señor, de vuestra bondad y justicia, que sois justo juez, y no como los jueces del mundo, que como hijos de Adán y, en fin, todos varones, no hay virtud de mujer que no tengan por sospechosa… veo los tiempos de manera que no es razón desechar ánimos virtuosos y fuertes, aunque sean de mujeres"[14].

[13] "Concretamente, y en relación con la participación activa y responsable en la vida y en la misión de la Iglesia, se ha de hacer notar que ya el Concilio Vaticano II fue muy explícito en demandarla: «Ya que en nuestros días las mujeres toman cada vez más parte activa en toda la vida de la sociedad, es de gran importancia una mayor participación suya también en los varios campos del apostolado de la Iglesia»" (n. 49; Cf. AA. n. 9).

[14] T. DE JESÚS, *Camino de Perfección*, en *Obras Completas*, EDE, Madrid 2000[5], 521; Cf. J. BARRENA, *Educar en Valores. Aproximación a la pedagogía de Teresa de Jesús*, Monte Carmelo, Burgos 2002, 168-174.

Una vida inmolada por Él, con Él y en Él

Fray Restituto Palmero Rodríguez OCD

El Papa Francisco, en su Exhortación Apostólica Christus Vivit, dirigida a los jóvenes, comienza de esta forma:

"**1.** Vive Cristo, esperanza nuestra y Él es la más hermosa juventud de este mundo. Todo lo que Él toca se vuelve joven, se hace nuevo, se llena de vida. Entonces, las primeras palabras que quiero dirigir a cada uno de los jóvenes cristianos son: ¡Él vive y te quiere vivo!

2. Él está en ti, Él está contigo y nunca se va. Por más que te alejes allí está el Resucitado, llamándote y esperándote para volver a empezar. Cuando te sientas avejentado por la tristeza, los rencores, los miedos, las dudas o los fracasos, Él estará allí para devolverte la fuerza y la esperanza.

3. A todos los jóvenes cristianos les escribo con cariño esta Exhortación Apostólica, es decir, una carta que recuerda algunas convicciones de nuestra fe y que al mismo tiempo alienta a crecer en la santidad y en el compromiso con la propia vocación".

El contraste entre la vida laical de la beata María Felicia de Jesús Sacramentado hasta los 30 años y su vida religiosa contemplativa hasta la muerte, a los 34, es verdaderamente impresionante y pone de relieve el mensaje fundamental de la vida cristiana de esta joven, que hizo, como ella dijo la víspera de su ingreso en el Carmelo, lo contrario que Jesús: "Él vivió 30 años de vida escondida y luego se entregó a la actividad apostólica por tres años. Ella, al contrario, vivió hasta los 30 años entregada a la actividad apostólica más desbordante, para entregar luego a Dios enteramente todo: su persona y su actividad, después de haberle entregado el "amor humano de su vida", en plena sublimación.

De esta manera cumplió generosamente lo que desde sus 17 años se marcó corno lema de su existencia cristiana: "Todo te ofrezco, Señor", que ella expresaba graciosamente a la cabeza de todos sus escritos con la sigla: T2OS y que era la realización de la consigna de San Pablo a los Romanos (12, 1): **"Os ruego, hermanos, que ofrezcáis vuestros cuerpos (vuestras personas), como hostia viva, santa, grata a Dios: este es vuestro culto racional"**.

Así lo hizo mientras vivió su vida seglar, mediante el apostolado más variado y sacrificado en la Acción Católica, y luego en su vida contemplativa fervorosa

y siempre en caridad, en entrega sacrificada y en alegría, como carmelita descalza.

A los 17 años (23.10.1942) hizo su "consagración al apostolado", tal como se hacía en las filas de la Acción Católica, pero ella añadió el firme propósito de quedar consagrada a Él para siempre en virginidad.

Un día la Virgen María de Nazaret dice un "SÍ" que cambia la historia de la humanidad. Con su "SÍ", ha aceptado que el Hijo de Dios viva en su seno y, desde ese momento, ofrece su vida al Hijo de Dios para que sea su morada. Le ofrece alma y cuerpo sin reserva, ya no se pertenece más.

María Felicia también supo decir "SÍ" a Jesús, un "Sí" pleno y radical como el de Jesús al Padre: "No se haga mi voluntad, sino la tuya" (Lc 22). "Como yo estoy ya abandonada a la voluntad de Dios y a su Providencia, comprobé después, hermano mío, cuán sabias son sus disposiciones" (Csa 32).

Todo cuanto hay en mí: Las alegrías de mi alma, las agonías sin fin, se las ofreceré solo a Él. "Aunque al final yo desaparezca, Señor, ¡con qué alegría entonces podré brindarte el alma mía!" (Diario A).

"Todo te ofrezco, Señor, mis trabajos, mis pesares": "En todos los trabajos que estoy realizando trato de poner el sello de nuestro espíritu cristiano, porque quiero que todo se sature de Cristo y, donde quiera que sea, pueda dejar un rayito de su luz... No porque sea yo, ¡Tú lo sabes, Señor! Ahí, ahí me propongo estar y cumplir el pedido del Santo Padre: presencia de la mujer cristiana en el mundo de hoy y trabajar hasta hacer que el día tenga 25 horas, hasta caer rendida de felicidad por haber tenido todo y haber dado todo" (Diario A). "Juzgo que todo es pérdida ante la sublimidad del conocimiento de Cristo Jesús" (Flp 3, 8).

La vida de María Felicia fue una vida inmolada por Cristo, en Cristo, y con Cristo: "Señor, toma, te ruego, la ofrenda de mi vida; hoy más que nunca yo te la entrego, mi Dios. Si ayer me consagraba a Ti por tus ministros, cual pequeñita hostia de amor y reparación, hoy es, Señor, que tiene sentido vivo y puro mi entrega y mi ofertorio, pues es concreto y cierto, y tiene más sentido mi pobre inmolación; ahora más que nunca tiene sentido mi vida, mis acciones, mi intimidad contigo, Maestro de la Vida, y es cuando más se afirma la necesidad de luchar sin descanso y sin desmayo, sin dar tregua alguna al cuerpo y fortaleciendo el alma con oraciones, sacrificios y mortificaciones".

“Para que sea de mí lo que te plazca, mi Dios”: La santidad es cumplir la voluntad de Dios.

“Ahora más que nunca es necesaria la oblación lenta de un extinguirse suave, la inmolación diaria de un acabarme porque crezca Él. ¡Gracias, mi Dios! ¡Gracias, Señor! Indigna soy una y mil veces ayúdame a responder con todas las potencias de mi alma, con todos los sentidos de mi cuerpo, con la destrucción de todo mi ser. Yo te consagro todo, todo, todo, Señor”. “Y no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí” (Ga 2, 20). “¡Padre! Acepta para tu gloria la entrega total de todo mi ser, en unión con el perfecto holocausto de tu divino Hijo; en Él, con Él y por Él, quiero vivir, amar, orar, sufrir y morir” (Diario C).

“Toda entera y sin reserva”. La joven Felicia quiere entregarse toda entera y sin reserva al Señor, sin reservarse nada para sí, así lo ve y lo entiende. **¿Aprendió este lema: “Toda entera y sin reserva” en la escuela de Teresa de Jesús? “¿Pensáis, hermanas, que es poco bien procurar este bien de darnos todas al Todo sin hacernos partes?” (C 8,1).** “Y como Él no ha de forzar nuestra voluntad, toma lo que le damos, mas no se da a Sí del todo hasta que nos damos del todo” (C 28).

Como fiel cristiana, María Felicia se ha tomado las cosas muy en serio. No duda en pedirle a Jesús: “Hasta quisiera pedirte - y sí te pido, Jesús- que, si tuviera que desdecirme, me enferme con lo que sea, con tal que mi vida sea una inmolación constante, una inmolación continua por todos los sacerdotes del mundo” (Diario A).

Ejemplo de mujer valiente, humilde y modesta, nos presenta hoy la Iglesia para nuestro tiempo. Una mujer sencilla, inteligente, alegre y juguetona, amante de los más pobres y de los más necesitados.

Chiquitunga no conoció WhatsApp, Twitter, Facebook, Instagram ni todos los medios que nos ofrecen las redes sociales, pero dado su temperamento tan comunicativo, alegre, servicial, hubiese usado estos medios: “Porque quiero que todo se sature de Cristo”. Pero con un cuidado muy particular en todo lo que es “virtual”, que tanto “mal” genera en todos aquellos que se dejan llevar por ello sin control.

No podemos poner en duda que María Felicia, como otros muchos jóvenes, testimonia que es posible vivir con alegría el seguimiento a Cristo.

El Papa Francisco nos lo recuerda en su Exhortación Apostólica Gaudete et Exsultate: “El santo es capaz de vivir con alegría y sentido del humor… con espíritu positivo”.

Seguir a Jesús no es fácil. Hay que cargar con la cruz de cada día y seguirle, pero con alegría y la sonrisa en los labios como Chiquitunga: “Que tenga a flor de labios siempre una canción y una sonrisa, aunque en el corazón lleve las llagas del desengaño y de la incomprensión y aunque todo a mi derredor se derrumbe, cante tus glorias y te diga: “¡Gracias, Señor!”. “La semilla está lanzada. Es necesario, sin embargo, abonar el terreno: más mortificaciones, más vencimientos, más negaciones. ¡Y cuánto cuesta!” (Diario A).

¡Claro que cuesta! María Felicia, como mujer de su tiempo supo de dolor, de angustias, de depresiones, de afectividad, de enamoramiento, pero todo lo superó por amor a Jesús. ¡Que yo desaparezca, que Él crezca!

Gracias a ese espíritu de sacrificio, de inmolación y de entrega a los demás y de ayudar a los más pobres, María Felicia supo encarnar en su persona la imagen de Cristo para amarle “como nadie amó jamás”.

Fue una mujer coherente y fuerte con el ideal de santidad al que aspiraba. Desde muy joven supo conservar la palabra de Dios en su corazón. «Les escribo jóvenes porque son fuertes, porque conservan la Palabra de Dios» (1 Jn 2,14).

Quiero terminar con el relato que hicieron los teólogos y el Promotor de la Fe después de leer la “Positio”:

¿Qué es lo que más fascinó a los teólogos y al Promotor de la Fe en ese encuentro con Chiquitunga a través de la “Positio”? Vieron una figura actual y fascinante

La primera fascinación que experimentaron es la que todos nosotros hemos vivido cuando nos encontramos, por primera vez, con María Felicia: su dimensión humana.

Ellos, como nosotros, quedaron impactados por su personalidad. Reconocen, admiran y alaban, con todo convencimiento, lo siguiente:

1. La armonía de su persona y vida humana y espiritual.

2. Su equilibrio y realismo.

3. Su transparencia de sentimientos, actitudes y comportamientos.

4. Su fortaleza en el dolor, en la prueba, en la renuncia, en la “lucha”: “El temperamento sólido, sin miedo de nada, audaz, sin titubeos en todo lo que se refería al espíritu apostólico y a la salvación de las almas”.

5. Su alegría, permanente y profunda, que nace del gozo de quien vive serenamente su relación con Dios y con los hombres”.

Chiquitunga es "una mujer bella e inteligente, que se distinguía por el optimismo cristiano y por un sano buen sentido", por el "equilibrio alcanzado entre lo humano y lo espiritual", "por la madurez que es fruto del continuo sacrificio de sí misma".

La fuerza y atracción que transmite María Felicia es expresión y explosión de su interioridad, de esa interioridad que se intuye, que se percibe, pero que se nos escapa cuando queremos describirla. Es lo que les pasa también a los teólogos.

Era una mujer "llena de Dios" y por eso con la única aspiración de hacer siempre su voluntad. Era una criatura "verdaderamente cristiana", porque ha "estado unida a Cristo con todo su ser en todas la etapas o fases de su existencia", de modo que toda su existencia, desde la primera edad, dicen muy acertadamente los teólogos, fue una existencia teologal, que quiere decir enteramente abierta a la acción e iniciativa de Dios, fundamentada e impulsada por las virtudes teologales.

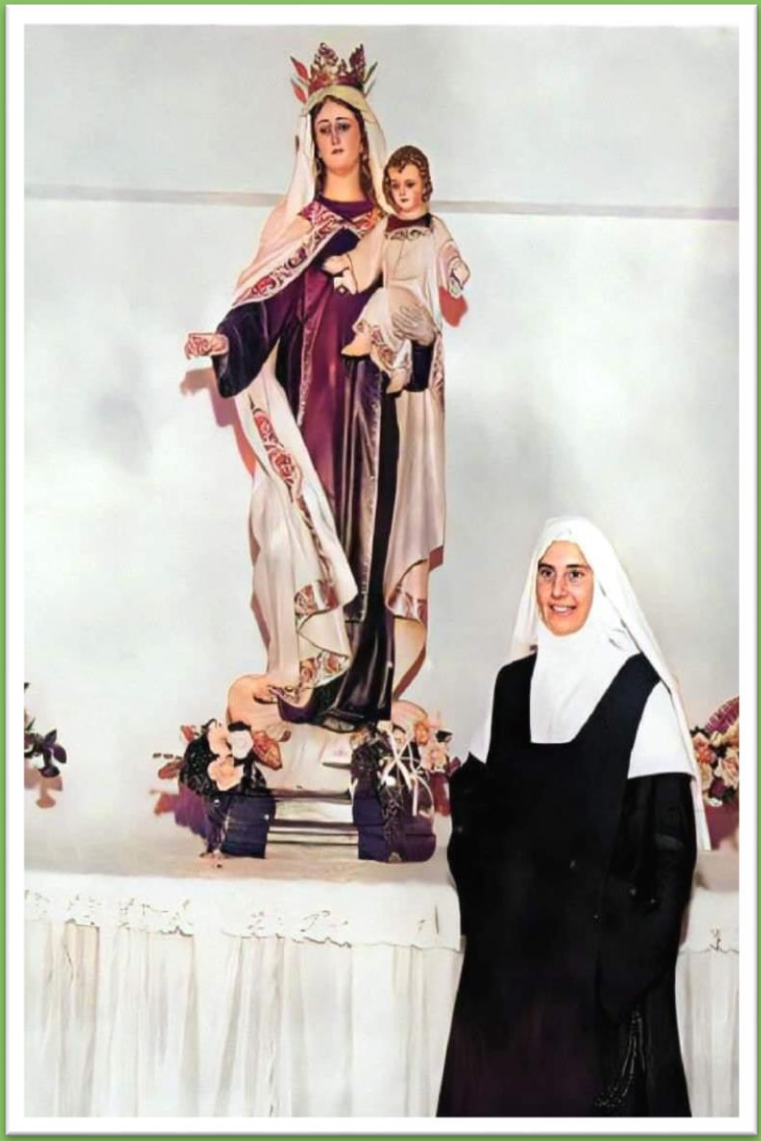
De ahí la profunda unidad de su vida, en maravillosa continuidad y progresiva plenificación como laica, apasionadamente apostólica y profundamente contemplativa. Como carmelita, exclusivamente contemplativa para ser más que nunca apostólica.

De ahí también la auténtica comprensión e interpretación de la amistad con Sauá: no como una sublimación del amor humano no correspondido, sino como un crecimiento del amor de Dios, de Cristo en sus vidas, pues su ideal de vida era "la unión con Cristo en la cruz".

De modo que un teólogo afirma que, para nosotros, desde el conocimiento que tenemos de ella y de su historia, es cierto y claro que su vocación fue siempre la vocación de carmelita, incluso en los momentos de más actividad apostólica, porque su ideal fuerte y profundo era siempre el amor a Cristo y por Cristo, ideal que va a realizar plenamente en el Carmelo: "el lugar místico".

María Felicia se nos propone como modelo de fe, esperanza y caridad. También tenemos que ver en ella una interioridad profunda, una entrega apostólica sin límites, de manera especial a los más pobres y necesitados.

Con estas sencillas reflexiones no nos resultará difícil determinar en qué podemos imitarla. Tanto los teólogos, como el Promotor de la Fe la ven como un modelo para los jóvenes de América Latina.



"Quiero que todo se sature de Cristo y donde quiera que sea dejar un rayito de su luz": Chiquitunga

“Todo te ofrezco, Señor”

Padre Flaminio Benítez Ortiz, OCD Paraguay

En esta reflexión se presentará una visión panorámica sobre la vida cristiana como participación en el ofrecimiento de Cristo que se constituye en fundamento y paradigma del ofrecimiento a Dios para todo cristiano y, por ende, de la beata María Felicia de Jesús Sacramentado, cuya espiritualidad del ofrecimiento se desarrollará para culminar con unas preguntas que ayuden a la reflexión personal y la profundización del ofrecimiento a Dios.

1. LA VIDA CRISTIANA COMO PARTICIPACIÓN EN EL OFRECIMIENTO DE CRISTO

En su existencia histórica de cada día y, de modo pleno, en la cruz, “Cristo se ofreció a sí mismo, sacrificándose para acabar así con el pecado” (Hb. 9,25 – 27). En esta misma línea, San Pablo afirma que Jesucristo “se entregó a sí mismo por nuestros pecados para librarnos de este presente siglo perverso, conforme a la voluntad de nuestro Dios y Padre” (Gálatas 1, 4).

Todos los bautizados en la Iglesia Católica participamos del Misterio Pascual de Cristo, en su ofrecimiento por la salvación del mundo, “pues fuimos con Él sepultados por el bautismo en la muerte, a fin de que, al igual que Cristo fue resucitado de entre los muertos por medio de la gloria del Padre, también nosotros vivamos una vida nueva” (Rm. 6,4). Por tanto, el Bautismo nos hace partícipes en el ofrecimiento sacrificial y salvador de Cristo.

Es lo que indica San Pablo refiriéndose a su propia experiencia de Cristo: “Con Cristo he sido crucificado y ya no soy yo el que vive, sino que Cristo vive en mí; y la vida que ahora vivo en la carne, la vivo por fe en el Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Gálatas 2, 20). Exhorta a todos los bautizados: “Anden en amor, así como también Cristo los amó y se dio a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios, como fragante aroma” (Ef. 5, 2). Andar en amor es vivir entregándose como Cristo, siendo ofrenda y sacrificio para Dios y por la humanidad. Se trata de un sacrificio espiritual que se fundamenta en el único y definitivo ofrecimiento sacrificial de Jesucristo a Dios Padre.

Cabe preguntarnos de qué modo y hasta qué punto estamos viviendo nuestro ser ofrenda y sacrificio al estilo de Cristo porque estamos llamados a reproducir la imagen de Cristo, es decir, a ofrecernos también nosotros como Él, para alabanza de la gloria del Padre: "Os exhorto, pues, hermanos, por la misericordia de Dios, a que ofrezcáis vuestros cuerpos como una víctima viva, santa, agradable a Dios: tal será vuestro culto espiritual" (Rm. 12, 1). En la mentalidad de San Pablo, el cuerpo se refiere a la totalidad de la persona, teniendo presente lo que dice en otro texto: "Ofrézcanse ustedes mismos a Dios como muertos retornados a la vida" (Rm. 6, 13), es decir, como “víctima viva”, a fin de "glorificar a Dios en el propio cuerpo" (1 Co 6, 20). El ofrecimiento de lo que somos, en nuestra totalidad cuerpo-mente-espíritu, y de todo lo que hacemos en el día a día, es el culto espiritual y razonable, vivo y santo, con el que tenemos que agradar a Dios.

Dios Padre acepta nuestro ofrecimiento, unido al de Cristo, como ofrenda y sacrificio que hemos de ofrendarle cada día, porque estamos llamados a ofrecer todas nuestras situaciones cotidianas a Dios. En este sentido, en la encíclica Spe Salvi, el Papa Benedicto XVI afirma que "la idea de poder «ofrecer» las pequeñas dificultades cotidianas, que nos aquejan una y otra vez como punzadas más o menos molestas, dándoles así un sentido, era parte de una forma de devoción todavía muy difundida hasta no hace mucho tiempo"; y se pregunta: **"¿Qué quiere decir «ofrecer»?"** Estas personas estaban convencidas de poder incluir sus pequeñas dificultades en el gran com-padecer de Cristo, que así entraban a formar parte de algún modo del tesoro de compasión que necesita el género humano. De esta manera, las pequeñas contrariedades diarias podrían encontrar también un sentido y contribuir a fomentar el bien y el amor entre los hombres. Quizás debamos preguntarnos realmente si esto no podría volver a ser una perspectiva sensata también para nosotros" (SS 40).

Este ser ofrenda y sacrificio para Dios, por la Iglesia y por la humanidad, mediante el ofrecimiento de todas las realidades cotidianas y de sí misma, unida a Cristo y al estilo de Él, es una clave de la espiritualidad de la beata María Felicia de Jesús Sacramentado (Chiquitunga), clave espiritual que se fundamenta en el sacrificio de Cristo y que se sintetiza en su lema de vida: "Todo te ofrezco, Señor".

2. EL OFRECIMIENTO EN LA EXISTENCIA HUMANA Y EXPERIENCIA ESPIRITUAL DE CHIQUITUNGA

En este apartado se presentará el ofrecimiento de Chiquitunga como consagración al apostolado, en virginidad e integridad de vida, como entrega total, donde se desgranará unos textos en los que la beata María Felicia ofrece diversas situaciones de su vida a Dios, basándose en motivaciones espirituales profundas. Podemos aprender de ella a ofrecer nuestras realidades cotidianas y a nosotros mismos, a Dios y a los demás. Hagamos nuestras sus oraciones y sus expresiones de vida.

EL OFRECIMIENTO COMO CONSAGRACIÓN AL APOSTOLADO

"Pues bien, hoy, al renovar la ofrenda de mi vida por la causa de Cristo, hago también el propósito, en este nuevo año de vida de la A.C. que inicio, de trabajar en silencio y sin descanso, sin que nadie se dé cuenta de que existo, y hacer las cosas, no por lo que pudieran decir los demás, sino todo, absolutamente todo, por la mayor Gloria de Dios y la salvación de nuestras almas, y junto con las nuestras, las demás almas" (Da., p. 142).

Las motivaciones que la mueven en el trabajo apostólico y educativo, según este texto, son la mayor gloria de Dios y la salvación de las almas. Ella continuamente realiza el propósito de hacer "todo, absolutamente todo", impulsada por esas dos motivaciones fundamentales. Luego irá introduciendo otros motivos de su acción y ofrecimiento total por la causa de Cristo Señor.

En este contexto, Chiquitunga considera su "consagración al apostolado" como "la ofrenda de mi vida por la causa de Cristo", renovada año tras año, a veces con mucha dificultad, tal como ella

afirma: "¡A veces se me hace tan difícil[1] la renovación de aquella ya antigua inmolación de mi ser por tu causa, Señor!... Hoy, sin embargo, renuevo ante Ti, Jesús Hostia, este deseo sincero e íntimo de inmolar mi vida en aras de tu amor y por aquella otra santa decisión" (Da., p. 47). En este escrito Chiquitunga describe su consagración como la inmolación de su ser, cuya renovación la realiza ante Jesús hostia, es decir, en la celebración y adoración de Jesús Sacramentado.

Tanto "la ofrenda de mi vida" como la "inmolación de mi ser" hacen referencia a la Eucaristía, que es la actualización del sacrificio pascual de Cristo: "Ha sido inmolado Cristo, nuestra Pascua" (1Co 5,7). Jesucristo ofrendado al Padre e inmolado en la Cruz es el mismo Cristo de la Eucaristía al que Chiquitunga se entrega y con el que ella se asocia en su ofrecimiento cotidiano. En este sentido, podemos decir que el ofrecimiento en la existencia humana y experiencia espiritual de Chiquitunga tiene un carácter eminentemente cristocéntrico, pascual y eucarístico, tal como ha de ser la vida de todo cristiano.

El ofrecimiento de Chiquitunga, unido al de Cristo, se dirige a Dios Padre. Es lo que indica la estampa-recuerdo que los familiares distribuyeron el día en que María Felicia tomó el hábito carmelitano: "¡Padre! Acepta para tu gloria la entrega total de todo mi ser, en unión con el perfecto holocausto de tu divino Hijo; en Él y por Él, quiero vivir, amar, sufrir y morir. Elijo su Corazón como lugar de mi eterna morada".

La unión con Cristo y el ofrecimiento a Él es el reto que tenemos en nuestra existencia cotidiana: hacer que nuestra vida sea una expresión del amor y la entrega solidaria de Cristo en medio de este mundo, tal como lo hizo Chiquitunga.

[1] A veces no solo se le hace difícil el ofrecimiento sino, incluso, duro: "Lo he ofrecido, como vengo haciéndolo, con toda el alma, si bien en estos últimos días se me hace tan duro el ofrecimiento" (Da., p. 97).

EL OFRECIMIENTO COMO CONSAGRACIÓN EN VIRGINIDAD E INTEGRIDAD DE VIDA

Desde su primera consagración al apostolado de la Acción Católica, en 1942, Chiquitunga había sentido la llamada a una entrega virginal a Dios, una llamada que, en algún momento, ha querido acallar tal como indica en el siguiente texto: "Tú bien sabes toda la evolución de esta determinación; y ahora, que yo quisiera renovarte mi entrega de antes…, creo en verdad que todo es providencial. ¡Será, Señor, que por mi sordera, tal vez voluntaria, he tratado de acallar este llamado de entrega en la virginidad de toda una existencia entregada a tu santo servicio!" (Da., p. 163).

¿Será que también nosotros, los cristianos del siglo XXI, estamos acallando la llamada que Jesús nos hace a su seguimiento y a una entrega de toda nuestra existencia a Dios? A nivel personal, ¿a qué ofrecimiento Dios me llama hoy? ¿Qué determinación o entrega de antes estoy llamado a renovar?

Con la expresión de la "entrega en la virginidad", Chiquitunga se refiere a la vocación religiosa. Según el padre Julio Félix Arco, la beata María Felicia de Jesús Sacramentado aludió por vez primera a su posible vocación a la vida religiosa en un brevísimo apunte del 11 de julio de 1947, a sus 22 años, en Villarrica (cf. Po 1, f). En ese apunte decía que quería: "Terminar como religiosa".

Más adelante, en su Diario, el 2 de julio de 1952, al citar la oración que se recitaba ritualmente en la Acción Católica, Chiquitunga expresa su vivo anhelo de que se cumpla en ella el seguimiento de Jesús por la práctica de los consejos evangélicos: "Si es para Gloria Tuya, se cumpla en mí aquello de: "Y junto a esa legión de fieles ministros tuyos, suscita asimismo almas que sigan al Señor en la práctica de los consejos evangélicos de pobreza, castidad y obediencia, y con sus sacrificios y oraciones constantes, aplaquen a la Divina Justicia, siendo al mismo tiempo sostén y eortaleza de los obreros evangélicos. Así sea" (Da., p. 71).

EL OFRECIMIENTO COMO ENTREGA TOTAL

Según la consideración del padre Julio Félix, un gran conocedor de la Beata, cuando Chiquitunga estudiaba el tercer Curso de Magisterio (1944), formuló su lema de ofrecimiento total a Dios con una fórmula química: **"Todo te ofrezco, Señor"** (=T2OS) y, posteriormente, en 1947, desarrolló en un poema el sentido de esa fórmula:

¡T2. O. S.!

Sí, todo te ofrezco, Señor
todo cuanto hay en mí;
las alegrías de mi alma,
las agonías sin fin.

Todo te ofrezco, Señor:
mis trabajos, mis pesares,
las notas de los cantares
que continuamente elevo a ti.

Todo cuanto hay en mí,
todo te ofrezco, Señor
para que sea de mí
lo que te plazca mi Dios.

Toda entera y sin reserva
haz que me llegue a subir
para estar contigo siempre
aunque me cueste morir.

Chiquitunga fue encausando su consagración al apostolado, como laica militante en la Acción Católica, hacia un ofrecimiento total de sí misma a Dios en la consagración religiosa. Los textos de su Diario, referidos al ofrecimiento total de su vida a Dios, ya nos sitúan en un contexto no solo de renovación de su consagración laical, sino de discernimiento de su vocación religiosa en la que luego vivió su consagración total, en cuerpo y alma, a Jesús: "Ayer, Navidad del Niño Dios de 1952. renové[2], con todo el fervor y entusiasmo de mi alma, mi consagración en cuerpo y alma a Jesús. Ofrecíle mi virginidad y pureza por todo este año nuevamente. Unas ansias de vivir mi vida de apóstol en la plenitud de la palabra" (Da., p. 178).

Todo te ofrezco, Señor" es la realidad y el ideal de vida que marcó la existencia y la experiencia de Chiquitunga desde su consagración integral al apostolado en la Acción Católica. Expresa un ofrecimiento total de sí misma y de todas las dimensiones de su ser a Dios. ¿Qué cosa Chiquitunga le ofrece al Señor? Desgranamos algunos textos en los que María Felicia, de modo reiterado, ofreció a Dios su vida y las pequeñas situaciones, cosas y sucesos externos e internos de cada día.

1. Ofrecimiento de sus recorridos diarios por diferentes realidades cotidianas: "Hasta aquí todos los recorridos hechos a pie y, paso a paso, ofrecido por su vocación, por la próxima conferencia sobre el comunismo del R. P. Núñez y ¡por nuestra amada A.C. y Seedac" (Da., p. 67). "Todo lo hecho anteriormente, nuevamente a pie; y así todos los días, y ofreciendo paso a paso" (Da., p. 71).

2. Sus quehaceres callejeros, su esfuerzo y toda su actividad: "Acabo de llegar de mis quehaceres callejeros ofrecidos integralmente, Dios mío, por tu gloria, y por las almas, y por nuestro Ideal, ¡Señor!" (Da., p. 121). "He de aprovechar, Señor, mañana para ¡reiterar nuestra ofrenda a los pies de nuestra Madre! (Da., p. 125-126).

3. Su malestar físico y su dolor: "Anoche qué feliz me sentía al poder darme Dios la gracia de saber ofrecerle los dolores que sentí; no me he quejado un instante, antes bien, Señor, Tú sabes cómo te lo ofrecía y, sobre todo, por esta nuestra decisión sublime de entrega total" (Da., pp. 108-109). "Los pies son en los que siento un dolor agudo y extraño, pero que todo absolutamente ofrezco, Señor, por nuestro ideal, que Tú ves, Jesús mío, cómo cada instante se vuelve más difícil" (Da., p. 140). "Quiero tener miles y miles de cosas que hacer para poderlas todas ofrecer, ofrecer y ofrecer" (Da., p. 157).

"Señor, Tú sabes con cuánto amor te ofrecía (los dolores agudísimos), procurando reír, sin hacer una mueca de dolor en medio de todo… Yo me he ofrecido entera, mi Dios… Jesús mío, sigo ofreciéndote uno a uno, gota a gota de este cáliz ¡por nuestro ideal, por nuestro apostolado, por tu Gloria, Señor!**"** (Da., p. 146-147). "Dios me ha dado la gracia grande de ofrecer agradeciendo, sin quejarme en nada y tratando de sonreír" (Da., p. 115).

4. Su ayuno mañanero: "Como casi todos los días, estoy dejando de desayunar, ofreciendo este pequeño sacrificio… gracias a Dios que tengo tantas cosas que hacer y ofrecerlas todo por amor a mi Dios y la cristalización de ese ideal" (Da., p. 119).

[2] Un año después escribe al padre Juan C. Prieto, "He renovado, Padre, la noche de Navidad la ofrenda de mi vida al Señor, por su gloria y salvación de las almas, consagrándole, sobre todo, ¡la castidad y pureza toda de mi ser!" (Cartas, p. 368).

5. Su trabajo apostólico: "El trabajo desplegado es el más intenso... Y ¡cómo cuesta a veces ofrecer (Señor, ¿por qué?), esto que ya estaba ofrecido!... El Rdo. Padre Núñez cree que por el momento no es prudente dejar estas actividades apostólicas, aun con las ansias que tengo a veces de dejar, dejar ya todo y, rompiendo sin miramientos con todo, ¡ser toda de Él!, ¡ofreciéndome ya sin mezquindad por la santidad de este hermano! Pero ya que no es posible, gota a gota, instante a instante de mi vida de estos días ¡están ofrecidos todos sin reservas!" (Da., p. 123-124).

6. El recuerdo de Sauá, su hermano del alma y compañero de misión en la Acción Católica: "¡Señor! Cada día se intensifica más y más su recuerdo; es algo agobiador. Y lo peor es que lo recuerdo como con cierta esperanza, como decía el P. Bogarín, con un vago y a veces casi firme convencimiento de que regresará, y un contento exterior que no puedo reprimir. Sin embargo, y ¡es en esos momentos cuando más rezo, cuando más imploro y cuando más ofrezco todo!" (Da., p. 63).

7. Su afectividad: "Te ruego que me lleves, aun así, sin nada que ofrecerte sino ¡el caudal inmenso de un amor inmolado por tu amor!" (Da., p. 88; Cfr. P. 115). "Pero ¡todo te ofrezco, Señor! Bien que me dijo mi madrecita que desde hoy sólo Él, mi Dios, debe ser el amado de mi corazón" (Da., p. 95). **El ofrecimiento del caudal de amor que uno siente implica una gran renuncia de uno mismo, en el caso de Chiquitunga por un amor mayor.**

8. Su vida entera: "A veces se me hacen tan largos los días y quisiera pasaran uno tras otro, hasta ver llegada aquella maravillosa aurora en que, encerrada entre las cuatro más felices paredes que haya habitado en mi vida, ofreciendo sin cesar mi vida, sepa también del ofrecimiento de la inmolación diaria en el sacrificio de la Santa Misa a este hermano…" (Da., p. 109). "El ofrecimiento ha sido más ininterrumpido porque ¡se cumpla tu voluntad y nos hagamos dignos de nuestra vocación!" (Da., p. 46).

"Ofrecer incansablemente todas mis alegrías, entusiasmos, luchas y tristezas, victorias y fracasos, dificultades, cansancio…, en fin, toda mi vida por ese hermano que la Divina Misericordia puso en mi camino…" (Da., p. 143). "Señor, una nueva etapa de mi vida, ofrecida integralmente a tu santo servicio, alabanza y reverencia. Acepta, Dios mío, todas nuestras acciones, intenciones y operaciones de este nuevo año, y haz que hagamos realidad solamente tu voluntad" (Da., p. 188). "No dejo de aprovechar para ofrecer todo y para ofrecerme toda por nuestra vocación de hostias inmoladas por amor." (Cartas, p. 377).

Como vemos en estos textos, Chiquitunga fue capaz de ofrecer todo su ser y su quehacer, su pensamiento, su sentimiento, sus emociones, sus acciones y relaciones, su familia y amigos. Fue capaz de ser una entrega viva, un ofertorio concreto, una inmolación constante por la realización de la voluntad de Dios, por la gloria del Señor, por la salvación de las almas y por las diferentes realidades eclesiales y sociales.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

1. ¿Cómo suelo asociarme al ofrecimiento pascual y eucarístico de Jesucristo en mi vida diaria?

2. ¿Qué realidades o situaciones de mi vida suelo ofrecer a Dios para que se cumpla su voluntad en mí?

3. ¿Qué me resulta difícil ofrecer a Dios en el día a día y qué me exige un desprendimiento total?

4. ¿Qué llamada de Cristo estoy tratando de acallar para no entregarme totalmente a Él?

5. ¿De qué manera me estoy entregando al servicio de Dios, de la Iglesia y la humanidad?

6. ¿Cuáles son las motivaciones que me impulsan a entregarme a Dios por la salvación de las almas?

7. ¿Qué medios me ofrece Chiquitunga para desarrollar una espiritualidad de ofrecimiento en mi vida diaria?

TESTIMONIO DE PLENITUD HUMANA Y DE SANTIDAD EN LA VIDA COTIDIANA

Padre Flaminio Benítez Ortiz, OCD Paraguay

La persona, varón y mujer, fue creada por la Santísima Trinidad para vivir en plena armonía con Dios y con la creación, consigo misma y con los demás, y disfrutar, así, la plenitud de felicidad que tanto Dios quiere que el ser humano experimente en todas las etapas de su existencia.

Porque Dios quiere que vivamos a plenitud cada circunstancia de la vida humana, ha enviado a su Hijo Jesucristo para darnos vida y salvarnos. Él mismo tuvo esa conciencia de su misión: "He venido para que tengan vida y la tengan en abundancia" (Jn. 10, 10). Jesús es la vida abundante y eterna. Quien vive unido a Él puede experimentar la plenitud de vida.

Es lo que ha vivido y testimoniado la beata María Felicia de Jesús Sacramentado. Por eso este artículo propone presentar el proceso de plenitud existencial, tanto a nivel humano como cristiano, experimentado y comunicado por Chiquitunga, formulando unos pasos que se puede deducir de sus escritos, ciertamente, porque ella ha vivido la felicidad y la santidad en la vida cotidiana, siendo una laica comprometida con la vida cristiana.

En cada paso propondré abundantes textos de Chiquitunga para que sea ella quien nos ayude a adentrarnos en el proceso de la plenitud humana y santidad cristiana a las que nos invita su experiencia.

1. Conocer las propias debilidades y fortalezas, los defectos y las virtudes

María Felicia fue una mujer que se ha conocido de modo profundo, que continuamente se ha preguntado quién soy y cómo estoy ahora, porque ha meditado y reflexionado sobre sí misma, sobre su modo de ser y sentir, de actuar y de servir.

Por eso se daba cuenta de sus miserias y de sus valores; tomaba conciencia de sus emociones y sentimientos, de sus decisiones voluntarias y reacciones inconscientes. **Podemos ver algunas afirmaciones positivas y negativas sobre sí misma:** "¡Señor, de cuántas bendiciones de tu mano soy depositaria! Ayúdame a saber hacer el pobre uso de todas ellas, mi Dios, especialmente por ese ideal que, bien sabes Tú, cómo muchas veces ¡muerde mis entrañas!" (DA., p. 116).

"Muchas veces siento un cierto desaliento y es cuando estoy por creer que yo soy la autora de todo; pero gracias a Dios que me da su luz para que reconozca que en verdad no soy sino, como dice Santa Teresita, "una frágil caña movida por el viento" (Ms A 85v°). Ese es mi afán en estos momentos y por ello, en todo lo que sea posible y necesario, allí estoy para, con mi pequeñez, dar testimonio de la verdad. No, Señor, porque sea yo, que no soy nada, comprendo, Dueño mío" (Da., p. 118). "¡Bien sabe Ud. cuán frágil y débil soy!" (Da., p. 154).

"Si bien me molestó todo cuanto me contaron que dijeron de mí, y todo porque ya me sentía en verdad Mariscala… (¡Jesús, qué poquita cosa que soy! ¡Perdóname, Señor)" (Da., p. 133). "¡Hay tanto bien que hacer! ¡Y muchas, muchísimas veces somos, o soy tan mezquina!" (Da., p. 139). "En varias oportunidades (claro que no dejo de reconocer que soy bastante mala), me impacienté un tanto y tal vez me haya plagueado de más" (Da., p. 177).

"¡Tengo tanto miedo de caer, de caer en una indiferencia o apatía, o qué sé yo...; incluso de verme envuelta por este mismo ambiente que pretendemos devolverte! ¡Cuán débil soy, Jesús mío! Dadme un espíritu de verdadera unión con Vos, mi Dios Santísimo. Despierta el entusiasmo adormecido en mi interior y, sobre todo, ¡el espíritu de viva oración y constante sacrificio e incansable acción! ¡Señor, que me asusta esta manera de ser! Quiero abarcar todo; me desespera tanto que hay que hacer" (Da., pp. 200-201). **En medio de esta situación reconoce su papel, su puesto y su función en las diversas tareas eclesiales:** "Mi papel es hacer de puente entre estas dos fuerzas, para unificar más realmente el trabajo, que es común, y el ideal, que es el mismo: salvar almas, ser el brazo derecho del Párroco, ¡ser Apóstoles!" (Da., pp. 202-203).

El conocimiento propio es un factor clave para que el ser humano se sobreponga así, desarrolle sus mejores potencialidades humanas y se encamine hacia la plenitud humana y la santidad cristiana a las que todos estamos llamados.

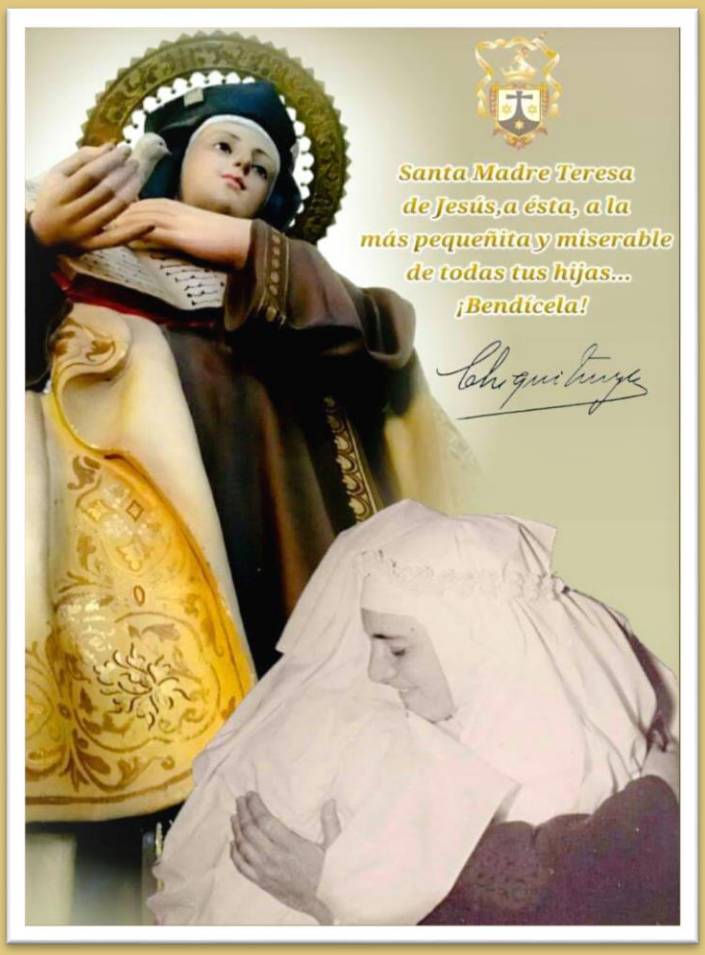
2. Aceptar las propias realidades y las circunstancias de la vida, y tratar de sobreponerse a ellas

Chiquitunga, además de conocerse a sí misma, fue una persona que supo reconocer los conflictos personales y grupales, afrontar las situaciones adversas de la vida y buscar y dar soluciones a las duras realidades personales, eclesiales y sociales, es decir, supo cultivar una aceptación de su realidad personal y de sus situaciones o espacios de vida.

A nivel personal ha descubierto y aceptado los problemas familiares que la entristecen: "La noche del 31 la pasé bastante tristona por algunos problemas familiares que próximamente trataré de escribir… Ayer y hoy (ya no tanto), ¡me puse muy triste! Acepta, Jesús, esta tristeza" (Da., p. 183; cfr. Da., p. 214).

Problemas en la Acción Católica que influyen en su estado de ánimo: "¡Muy quebrantada, Señor! Los problemas se van aumentando y, aún más, agravando[1]; y mucho decaimiento. Estoy tratando, en lo posible, de sobreponerme" (Da., p. 57). **En esos momentos de decaimiento, pide a Jesús:** "Levanta ahora este espíritu tan decaído en que estoy desenvolviéndome y tan pesimista, como aceptando a la fuerza esta voluntad Tuya" (Da., p 234). **Hay que levantarse y superarse:** "Hay que superarse, cerrar los ojos del cuerpo y abrir más y más los del alma; y todo sea por Dios, por su gloria y la salvación de las almas" (Cartas, p. 265). Sobrellevar, amar y hacer rendir la realidad por más recia que sea: "La realidad de hoy es dura, no hay duda alguna, y está en que sepamos sobrellevarla, y más aún amarla, para que pueda rendir con plenitud" (Cartas, p. 60).

[1] "¡Abrumada, Señor, por mil cosas! Cada día más pesados se tornan los problemas. No sé ya a veces hacia dónde ir. ¡El problema del déficit, el equilibrio en la amistad con tanta gente irónica con quienes trato, el Centro [de] Profesorado con su fiesta de colación, la incomprensión de gente de mi escuela Parroquial, el lío entre las chicas de la Escuela Normal nº2 (A.C. y otros) etc.!" (Da., p. 151).



3. Luchar y afrontar las adversidades o problemas de cada día

"¡Abrumada, Señor, por mil cosas! Cada día más pesados se tornan los problemas. No sé ya a veces hacia dónde ir" (Da., p. 151). "¡Qué duras son las horas que estoy pasando!... ¡Es que estoy luchando!" (Cartas, p. 42-43). "También en mi escuela y la directora y el centro, ¡tantas cosas, Señor! El asunto es luchar y luchar sin descanso hasta que llegue el tiempo y después de haber dado todo, entonces… por ello dar gracias otra vez a Dios" (Cartas, p. 119).

"¡No se da idea de lo que gozo, cuando me cuentan de estas cosas! Cuando hay inquietud es cuando hay lucha y cuando hay lucha, entonces, es cuando se esclarecen los principios; y nosotros en este momento tenemos tanto que hacer, que ¡estoy ansiosa esperando y como nunca, con la ayuda de Dios y la Virgen, esas horas de lucha! ¡Dios mío, que no sea que después sea yo la primera en rehuir responsabilidades!" (Cartas, p. 71).

Chiquitunga considera que se debe luchar afrontando las adversidades, los recios problemas, hasta triunfar: "¡Adelante, hermano mío que, si es dura la jornada, en la cumbre está la meta en la que habemos de llegar; y en su cima está la palma para todo aquel que llegue con los brazos puestos en la Cruz! ¡Ayudémonos, qué áspero el camino, y vayamos con María hasta triunfar!" (Cartas, pp. 353-354).

4. Superar la tentación, el afán y la voluntad de poder

"Con mucho egoísmo de mi parte, sentí no haber estado yo también en la lista de candidatas. ¡Qué pretenciosa, Señor! Mi lugar está junto a Vos, Jesús Eucaristía; aquí en el anonimato, en el silencio, en el trabajo pequeño pero empeñoso de mil pequeñas cositas. ¡Qué sería de mí en esos cargos!¡Perdóname, Señor!" (Da., p. 101).

"En primer término mi posible (aunque yo creo imposible), cargo de Presidenta Arquidiocesana. ¡Qué locura! En un momento creí que en verdad merecía, pero fue un instante, una tentación. ¡Qué sería de mí, Señor, en estas circunstancias! En verdad que no sería sino por obedecer a la jerarquía. Sinceramente creo que mi vocación está más en obedecer que en mandar y yo no me veo mandando u ordenando. ¡Qué haría yo, Señor! ¡Perdóname, Señor, y mira a esta tu sierva!" (Da., p. 158).

5. Clarificar las situaciones por medio de la oración, meditación personal y el discernimiento espiritual

"Me puse a hacer mi oración, como de costumbre, y de rodillas en cruz, por muchas intenciones particulares" (Da., p. 96).

Chiquitunga busca la orientación en la oración personal: "Los niños hace días que están tan inquietos. No los puedo ya gobernar. Mis clases, desarrolladas a medias; un poco de cansancio corporal (pues hasta me vence el sueño), pero

mucho de ansiedad espiritual sin una salida definitiva. ¡Hacia dónde, Señor! ¡Enséñame el camino!" (Da., p. 85). **Continuamente ve la necesidad de más oración:** "Me propuse, con la ayuda de Dios, intensificar en estas semanas mi espíritu de oración y penitencia de acuerdo al tiempo que estamos pasando" (Da., p. 212).

En sintonía con la oración personal se encuentra la búsqueda de la dirección espiritual para confrontarse con otra visión y abrirse a una mayor clarificación personal y relacional: "Señor, no sé hasta dónde pueda ser o no prudente lo que estoy haciendo. Sin embargo, doy a entender de vez en cuando que no va a ser posible nada de lo que ellos (sus familiares) creen. ¡Cuánta tentación, Señor!, que a veces sinceramente me marean. **¿Qué hacer?** Cueste lo que cueste, tengo necesidad de una dirección espiritual llevada en forma" (Da. Pp. 49-50); "sé que la falla de todo está en la falta de dirección espiritual, y no me avengo de una vez por todas a tomarla en serio. Sinceramente que no sé hacia dónde ir" (Da., p. 57).

Pedir ayuda u orientación espiritual es un medio que favorece la aclaración de las realidades humanas y la orientación hacia la plenitud de vida.

Tanto la oración personal como la dirección espiritual posibilitan el conocimiento de la voluntad de Dios y el propio conocimiento, permite saber qué decisión tomar y qué acción realizar. Es lo que Chiquitunga busca: "¿Y si mañana, él, por lo que sea, (Sauá), cambia de idea? ¡Qué he de hacer, Señor Jesús! Por eso es que yo te pido con insistencia de insolencia, de empalagos, que nos hagas cada día más y más fuertes en nuestra decisión. Todo, Jesús, absolutamente todo por tu gloria y por las almas" (Da., p. 78).

"¡Quisiera saber tanto, Dios mío, qué ha de ser de mí! SERVIRTE, SERVIRTE, SERVIRTE" (Da., p. 114). "¡No sé por qué, sin embargo, hay momentos de pruebas tan grandes! Déjame que procure decir algo. Siento a veces un poco de... ¿fastidio? No sé que tal sea. Pero sí un sentimiento de que tal vez mañana (¡Dios no [lo] permita) no pueda [él], por a o por b, seguir esta santa vocación, y yo, que ya me he entregado, ¿cuál sería mi situación? ¿Por qué, Jesús, tengo estos pensamientos? Otras veces me imagino los padres de Santa Teresita y qué sé yo cuántas cosas más. ¿Será que tengo tan poca confianza, Señor?" (Da., pp. 181-182).

6. Desapegarse y desprenderse de las cosas y las personas

"¡Tantos deseos que tengo de entregarme de lleno a un apostolado intenso, deseos de abandono de todo lo que sea apego a las cosas del mundo, a todo lo que no seas Tú! ¿O es que es pura ficción, fantasía, este vehemente deseo de entrega total? ¿Qué es lo que espero?" (Da., p. 226). **Es que el desprendimiento cuesta:** "En vez de desprenderme día a día más de las cosas, y sobre todo de aquella que Tú sabes, me voy aferrando inconscientemente más y más a ella" (Da., p. 47).

"¡Siento tanto, pero creo que es lo correcto, ir desprendiéndome lentamente de las amistades que, como sus familiares, pueden comprometerme y, sobre todo, comprometerlo!" (Da., p. 50). "A veces no más, pienso que es un poco triste, pero, precisamente por aquello de que nos queremos es que tenemos que renunciarnos mutuamente, y ¡renunciarnos por amor a Nuestro Señor!, único por quien sólo se pueden realizar estos actos de verdadero desprendimiento, de algo más, de desgarramiento" (Da., p. 97).

7. Ofrecer todas las realidades a Dios, tanto las positivas como las negativas

"¡Señor Jesús!, Amo y Rey nuestro, te ofrecemos todos nuestros trabajos de este día: nuestras luchas, nuestras alegrías y nuestras penas; concédenos lo mismo que a todos nuestros hermanos en la acción, pensar como Tú, trabajar contigo y vivir en Ti" (Da., p. 230). "¡Querer hablar, querer reír, querer llorar! Señor, Jesús Eucaristía, acepta estas desbordantes ansias que encierra el pobre pecho mío; yo te ruego, ¡Dueño de nuestra alma!" (Da., p. 133). "¡Señor, acepta todas mis inquietudes! Tú sabes y conoces todo" (Da., p. 171).

"¿Por qué será que tanto me obsesiona esto de la entrega total? Es que en verdad quisiera dar, dar todo, dar siempre, sin quedarme nada, ¡por la gloria de Dios y la salvación de las almas!" (Da., p. 221).

El ofrecimiento permite dar, entregar y soltar todo a Dios y, a su vez, aceptar íntegramente todo lo que acontece y sucede en la vida: "¡Jesús mío, Dueño único, Dueño verdadero de todo mi amor, por quien he dado y entregado y aceptado integralmente TODO!" (Da., p. 218).

8. Descubrir la propia vocación y el lugar de plenitud existencial en el mundo

"Quisiera tanto dar solución definitiva a mi vida. ¡Dónde debo ir para cumplir mejor y más con mi vocación y cuál es exactamente lo que Dios quiere de mí! Hoy, que es el día del nombre de la Madre de Dios, María, he de pedirle con todo el fervor de mi corazón la gracia de ser fiel a mi Dios y de conocer lo que Él quiere de mí" (Da., p. 119).

"Mi decisión es la siguiente: Consagrarme a Nuestro Señor enteramente, así como lo había hecho ya antes de venir a Asunción; pero esperar un tiempito más para que este hermano mío realice su propósito..." (Da., p. 88). "Hazme ver, te ruego, Señor mío, lo que en esa entrega Tú quieres de mí. ¿En qué campo quieres que me llegue a extinguir? La Consagración de mi ser está hecha. Mi castidad, (eso es, eso sobre todo), está inmolada: ¿dónde quieres que se ofrezca la oblación?" (Da., pp. 167).

"¡He recibido respuesta de las Monjitas Misioneras de Cristo Jesús! Pero ¿qué es [lo] que me sucede? Que admirándolas tanto y deseando como deseo servir al Señor se me presenta a veces tan lejana, pero tan lejana, la posibilidad de llegar a ser como ellas... ¿O es que no es esa mi vocación? Pues que a veces se me presenta la idea de ir a un monasterio de clausura…" (Da., p. 245).

"¿Serán prueba, Jesús? Dadme fuerza, ¡oh Divino Resucitado. Hay momentos de franco desfallecimiento. ¿Cómo terminará esta incomprensión de los de mi casa, especialmente la de papá? ¿Cuál tendrá que ser mi actitud? No me aflige ya mi estado propiamente dicho, porque con toda el alma mi consagración está hecha. No es eso, no, lo que me inquieta; sino, dentro de este estado de total entrega al que voy abrazándome poco a poco, ¿cuál será la nueva faz de ella?" (Da., p. 223-224).

"¡Cuál será el lugar donde más me puedo prodigar a las almas!" (Da., p. 160). "¡Cuál será mi lugar de entrega total! Cuánta sed tengo de esa entrega, ¡y hay tantas cosas por delante!" (Da., p. 214). "Me confirmó, (el padre Prieto), la seguridad de la decisión de él y también me alentó en mi propósito de entrega total. ¡Cuán contenta y tranquila quedé pensando en que tenía confianza en nuestra pequeña ofrenda! " (Da., p. 206). "Unas ansias de vivir mi vida de apóstol en la plenitud de la palabra" (Da., p. 178).

"Yo estoy ya decidida a mi vocación: no veo mi felicidad fuera de una entrega total de abnegación y sacrificio y de inmolación constante de mi vida por la gloria de Dios y salvación de las almas ¡y santificación de mi sacerdote!" (Da., p. 239). Y "quisiera estar ya en mi lugar definitivo, libre de todas estas cosas que me atan y ¡vivir la plenitud de una vida integralmente ofrecida! (Cartas, p. 145).

9. Buscar, aceptar y cumplir la voluntad de Dios sirviéndolo

"He procurado en todo momento, Jesús mío, encontrar tu voluntad y ¡de acuerdo a ella actuar! "Tú sabes, Señor bueno, - cómo de amor suspiro; - Tú sabes, Señor, cómo - loca de amor estoy" (Da., p. 218-219).

"¿Qué haría yo? ¿Qué debiera hacer? Ayúdame, Jesús mío, a aceptar plenamente con alegría Tu voluntad, ¡sin inquietarme!, a recibir con calma todas las pruebas, a no impacientarme con la no respuesta a mi pregunta insistente. Habla, Señor, tu sierva escucha: ¡qué queréis, Señor, de mí!" (Da., p. 228).

"Lo único que aspiro es servir a la causa en cuerpo y alma hasta caer rendida; pero aun rendida, seguir" (Da., p. 118). "Sólo quiero servirte; ¡otro no es mi deseo, mi aspiración!" (Da., p. 228). "Quien no aspira a ser cada día mejor, ¡no vale!" (Da., p. 172).

"Ahora, en estos días, sobre todo, tan llenos de alternativas y de bendiciones. Así lo tengo entendido y así es, ¡Jesús mío! Pero a pesar de estar convencida de ello, ¡qué secreta angustia es la que me embarga!, ¡qué angustia escondida es la que me aflige! ¿Por qué en momentos veo tan sombrío todas las cosas? ¿Es tan difícil encarcelar esta indecible ansiedad de darte gloria, de trabajar sin descanso hasta el total rendimiento por tu Gloria y la salvación de las almas? (Da., pp. 232-233).

10. Conocer el fin de la propia existencia y vivir con gratitud

"¡Señor, hazme humilde, te ruego!, y que comprenda mi fin: alabanza, reverencia y servicio" (Da., p. 204). "¡Habla, Señor, tu sierva escucha! Ilumina mis tinieblas; que yo conozca mi fin; que yo te conozca, te ame y te siga, te sirva con integridad de vida. No busco otra cosa, mi Dios, sino tu Gloria" (Da., p. 236; Cfr., p. 219). **Por eso busca amar totalmente a Dios y ser solo de Él siendo santa:** "Yo quiero amarte, Maestro, con más ardor, y quiero que llegue el día ya en que solo sea yo de Vos" (Da., p. 82). "Jesús... Tú ves con cuánta sinceridad te hago este pedido: haz que viva verdaderamente tu vida**.** ¡Necesito tanto, Jesús mío! También yo quisiera un día llegar a ser Santa[2]" (Da., pp. 193-194). "Quiero llegar en verdad, Padrecito, a ser, si no Santa, por lo menos, muy buena en verdad, sobre todo, realizar cumplidamente mi vocación" (Cartas, p. 368).

Y como testimonio de esta santidad de vida, Chiquitunga manifiesta una existencia plena de gratitud y felicidad: "Debo comenzar primero por dar gracias (aunque cueste); no resignarme, que la resignación es algo muy cómodo**,** y luego ir acostumbrándome o, como escribía una vez, ensayándome a algo por lo que ¡debíamos dar gracias durante toda la vida!" (Da., p. 100). "Gracias, Dios mío, gracias por las fuerzas que nos diste para que resistamos hasta este día y, especialmente, gracias, mi Dueño, por las que a mí me diste" (Da., p. 125).

[2] "Ayúdame, Sauá, ahora más que nunca, a que pueda serle fiel hasta en lo más mínimo, y ¡que llegue a conseguir aquel grado de Santidad, de perfección que Él me tiene señalado! ¡Ser Santa para Él y sólo para Él!, y así ¡consumiéndose mi existencia día a día, gota a gota por su mayor gloria y salvación de las almas!" (Cartas, p. 352).

“¡Perdóname, Jesús!, pero mi intención también era el darte, decirte “gracias, Señor,” por este año tan lleno de bendiciones y de consuelos y fuerzas que me has dado y que nos has dado. ¡Cuánto es lo que, Jesús, nos has dado de felicidad y cuán amable has hecho nuestra estadía en esta querida casa!... Ayúdame a dar debidamente las gracias al Padre celestial y así aumente, Jesús, mi fervor, mi unión contigo en el Santo Sacrificio y haz que verdaderamente vaya aumentado en mí, día a día, por medio de la oración y el sacrificio, hasta morir, ¡pero morir de amor!” (Da., p. 186).

“Señor, Tú solo sabes de la felicidad de mi alma. ¡Gracias, Señor, por todo! Comprendo que no soy digna, pero dame la gracia de corresponder a tu gracia” (Da., p. 164). “Yo te doy gracias, mi Dios, y quisiera poder en todo y siempre decir: ¡SÍ, PADRE!, conformando a tu divina voluntad mi pequeñita voluntad.” (Da., p. 182).

Vivir en plenitud consiste en ser agradecido, en cultivar la gratitud con Dios, con la vida, con los demás, aceptando la realidad personal y circunstancial, teniendo propósito en la vida y tratando de realizarlo en el servicio a los demás y a Dios. Vivir en plenitud es encontrar el propio lugar en el mundo y darse por entero, testimoniando la felicidad del corazón.

Modelo para el laico del siglo XXI

Norma Cantero y Vicente González, OCDS Paraguay

Cuando leemos la vida de los santos, esa vida transformada, nos interpela y nos ayuda a iluminar la nuestra.

En la beata María Felicia de Jesús Sacramentado vemos una vida de peregrinación en la fe. Es necesario mirarla desde el designio de Dios a lo largo de su vida, desde su más tierna edad. El Señor la llamó a una entrega total y absoluta a Él.

Su única motivación era "la gloria de Dios y la salvación de las almas" (Diario A. 1/2/1953). Sabe que ese objetivo lo va a alcanzar en plenitud viviendo solo la vida que Él le tiene preparada, haciendo la voluntad de Aquel que le conoce verdaderamente, más de lo que ella se conoce a sí misma.

En los hechos cotidianos es donde ella encuentra la especial intervención de Dios que le va dando respuesta al principal interrogante de su vida: su vocación. Su camino de santidad se va realizando en la vida laical y en la vida religiosa alcanza su plenitud.

María Felicia nos muestra con su ejemplo que para ser santos hay que hacer con amor las actividades de la vida ordinaria; lo fundamental es vivir una vida teologal. Ella escribe: "Un instante del apoyo de mi humilde oración, de una oración hecha vida y de una vida hecha oración" (Diario A. 3/9/1952).

Vivir la voluntad de Dios en las cosas de cada día

Desde el Bautismo somos llamados a una mística unión con Dios; camino que inicia con este Sacramento y finaliza con el encuentro definitivo con el Amado.

En este camino personal, el actor principal es Dios. Él actúa con nuestro consentimiento y espera nuestro esfuerzo y colaboración "que aunque podamos ayudar poco, podemos estorbar mucho", dice Ildefonso Moriones en su Historia del Carmelo Teresiano.

Todos estamos llamados a la santidad: "Sed Santos como vuestro Padre celestial es Santo" (Mt 5,48), pero algunos por designio de Dios brillan de manera particular. María Felicia es el jazmín que el Señor plantó, regó y cuidó para mostrarnos en ella su amor.

Lo importante es recordar que para ser felices debemos ser lo que Dios quiere que nosotros seamos; lo que importa es vivir con la mayor perfección posible su voluntad.

Recorramos con algunos acontecimientos el camino de santidad de la beata María Felicia de Jesús Sacramentado:

Felicidad en Villarrica

A partir de su Primera Comunión se siente amada, habitada por Jesús Eucaristía. "Nunca se borrará de mi mente el recuerdo del día más feliz de mi vida, el día de la primera unión con mi Dios y el punto de donde parte mi resolución de ser cada día más buena y mejor" (Julio Félix Barco. Chiquitunga. Editorial Monte Carmelo).

Los frutos de este sacramento lo notan sus hermanos "porque era muy servicial, siempre atenta a las necesidades de los otros. Era muy querida por toda Villarrica porque era muy alegre, sociable y servicial con todos", "con ella no había peleas"; "por su sencillez y humildad era muy diferente a nosotras sus hermanas" (Julio Félix Barco. Chiquitunga. Editorial Monte Carmelo).

En su juventud se une a la Acción Católica. "Allí encontró un ideal y un objetivo para su vida". En la primera reunión la nombran "encargada de las aspirantes" (Julio Félix Barco. Chiquitunga. Editorial Monte Carmelo). Este fue el inicio de su vida apostólica intensa dentro de la Iglesia.

A los 17 años se consagra al apostolado: "hoy cumplo 10 años, si mal no recuerdo, de mi ¡consagración al apostolado!, la gracia que, después del Bautismo y de la Eucaristía, [de la que mi persona es la más indigna] y la más grande y sublime con que Dios me obsequiara" (Diario A. 26/10/1952).

"Sublimes líos" en Asunción

(abril de 1950 a marzo de 1953)

Los conflictos, las luchas internas y externas en este camino, que conocemos gracias a sus diarios íntimos, nos muestran una vida completamente entregada, comprometida con las personas que la rodean, aunque por dentro exista una lucha grande.

El Diario A lo escribe con el objetivo de desahogar su corazón en esa situación difícil que vive.

Demuestra una entrega total y un compromiso real con su trabajo en la formación de los jóvenes y los niños. Se puede entrever en ese diario las muchas actividades que realiza, los compromisos que tiene con la Iglesia, con la evangelización, con el crecimiento espiritual de

las personas que la rodean, con su trabajo como maestra y en la Acción Católica.

Conoce a Ángel Sauá en un encuentro de la Acción Católica. A medida que lo conoce y comparte con él su compromiso apostólico, ella se siente enamorada.

Es el tiempo en el que tiene que decidir su vocación: por un lado, siente el amor humano y por otro, el deseo de entregarse por completo al Señor. "Tú sabes cuánto lo quiero y cómo lo extraño, pero sé, Señor, que todo es poco en comparación al beneficio infinito, a la gracia inigualable de ¡este sincero amor! Por eso, cada día que pasa, si se intensifica esta soledad, esta añoranza, te ruego, Dueño mío, me des las fuerzas necesarias para ofrecértelas cada día con mayor desprendimiento, hasta el final de los tiempos …" (Diario A. 26/10/1952).

Nos muestra, además, que vivir la Eucaristía y el Santo Rosario son medios seguros para alcanzar la santidad; que sin ellos la vida se vuelve muy difícil: "Si no fuera porque mi fe me sostiene y mi ideal me reclama, sin esa comunión diaria y mi rezo de los quince misterios diarios de Rosario ¡cómo habría de sostenerme!" (Diario A. 6/9/1952).

"Mi deseo grande es trabajar incansablemente, dar todo lo que tenga y pueda por el ideal de nuestras amada Acción Católica, y luego entregarme en una vida de íntima unión con mi Dios en sacrificio y oraciones". Muchas veces había concebido esto que, ahora, Señor, es ¡maravillosa realidad!, y decía: "¡Qué hermoso sería tener un amor, renunciar a ese amor y juntos inmolarnos al Señor por el ideal"! (Diario A. 16/11/1952).

En agosto de 1952 tiene lugar el providencial encuentro con la madre Teresa Margarita, priora de las Madres Carmelitas Descalzas de Asunción. Desde el punto de vista vocacional todo se aclara cuando recibe la carta con la decisión de Sauá de ser sacerdote: queda contenta y libre. Este amor humano ha sido tan solo un medio para que encuentre su vocación.

En el retiro espiritual que realizó del 7 al 22 de enero de 1954 toma una decisión definitiva: consagrarse al Señor en la vida religiosa, en el Carmelo Descalzo. "Señor, toma, te ruego, la ofrenda de mi vida; hoy más que nunca yo te la entrego, mi Dios. Si ayer me consagraba a Ti por tus ministros, cual pequeñita Hostia de Amor y reparación, hoy es, Señor, que tiene sentido vivo y puro mi entrega y mi ofertorio, pues es concreto y cierto, y tiene más sentido mi pobre inmolación; ahora más que nunca tiene sentido mi vida, mis acciones, mi intimidad contigo, Maestro de la vida, y es cuando más se afirma la necesidad de luchar sin descanso y sin desmayo, sin dar tregua alguna al cuerpo y fortaleciendo el alma con oraciones, sacrificios y mortificaciones. Ahora más que nunca es necesaria la oblación lenta de un extinguirse suave, la inmolación diaria de un acabarme por que crezca Él" (Diario A. 23/11/1952).

Entrega total en el Carmelo

El Señor le hizo pasar por esta incertidumbre para que ella descubriera el llamado a la vida entregada por los sacerdotes en el Carmelo. Con el sello especial de la Eucaristía, de ahí su nombre religioso.

Desde su resolución de entrar al Carmelo son dos ideales distintos: el sacerdotal de Sauá y el suyo propio de carmelita. "Mi vocación de inmolación por los sacerdotes".

Días antes de su toma de hábito escribe, con mucha sinceridad, sus sentimientos de inseguridad y miedo, pero también su total entrega al Señor: "Yo me entrego a Ti, no sé a qué, pero me entrego; con miedo, sin embargo, y con cobardía, pero me entrego. Como nunca, estoy palpando tu poder, mi dependencia de Ti; y, aun así, ¡tú ves y sabes cómo estoy! Solo con tu Misericordia, confiado en ella, me arrojo a esto que sobrepasa toda fuerza humana ¡y más aún la mía! ¡tened piedad de mí! Ayúdame a querer lo que Tú quieras, Jesús. ¡Madre llena de gracia, Tú eres mi madre! ¡en tus manos de arrojo María! Ayúdame a recoger tantas enseñanzas, tantas ¡cómo me dan!, y a saber aprovecharlas todas, Madre mía" (Diario C. 11/8/1955).

Podemos hacer poco, pero estorbar mucho

María Felicia de Jesús Sacramentado es un ejemplo de entrega generosa, de entrega total de la voluntad a un Dios Padre que nos ama con un amor tan grande y personal que no podemos medir en nuestra realidad tan limitada, pero como la brisa que cuando pasa lo sentimos, lo vivimos porque es muy cercano a nosotros.

Siendo una persona con tantas actividades, parece una contradicción que haya sido llamada a la vida contemplativa, pero tal vez por eso aparece Sauá en su vida y este acontecimiento vivido desde la fe le hace descubrir su verdadera vocación.

Ama a Sauá desde lo hondo de su corazón, pero con la pureza de la castidad. **¿Qué es esa castidad?** Es la entrega generosa de uno mismo para el bien de la persona amada. Castidad que debe ser vivida como entrega generosa entre los esposos en el matrimonio y de ahí a la familia, en la vida consagrada a Dios en la Iglesia, en la vida sacerdotal o religiosa.

Ella nos muestra en cada instante de su vida, sea en la actividad apostólica, en el trabajo, en la oración, que este camino de santidad nos lleva a ser plenamente felices y hacer felices a los que nos rodean. Pedimos al Señor que podamos decir siempre: "Todo lo que sucede es adorable" (Diario A. 6/2/1953).

PACIENCIA DE CHIQUITUNGA EN LA ENFERMEDAD

Graciela Candia Centurión, OCDS Paraguay

"Ya estoy esperando a Jesús, quisiera llenarme solo de su amor y no vivir sino solo para Él. Solo espero cumplir su voluntad, no quiero otra cosa. Me he ofrecido a Él como pequeña víctima por los sacerdotes, por nuestra sagrada Orden, por nuestra comunidad, por mis padres y familiares, en fin, por todas las almas": Chiquitunga.

La vida de Chiquitunga se traduce en una total entrega a Dios. Todo su ser puede definirse como un ofertorio de amor en el altar de la vida, como un don de Dios para los demás, en silencio ofrecido, porque así es mayor la alegría del ofertorio.

Lo característico de su vida es el ofrecimiento con alegría que brota de la entrega por amor. Por eso, en ese ofrecimiento, ella nunca ha perdido de vista el servicio humilde por la gloria de Dios, como lo dice ella: "Poder trabajar en silencio y sin descanso, sin que nadie se dé cuenta de que existo y haga las cosas no por lo que pudieran decir los demás, sino todo, íntegramente todo, absolutamente todo, Señor, ¡por tu mayor servicio y alabanza, por la mayor gloria y salvación de las almas y, juntamente con el alma mía, la de miles de almas más!, ofreciéndote todo, Jesús".

La realización del ser humano no está en el egoísmo, sino en la entrega oferente a Dios y al servicio del otro que necesita.

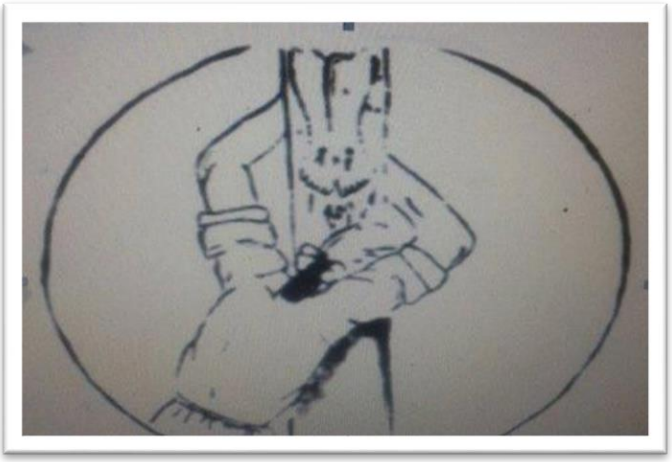
Esta ofrenda de uno mismo es posible cuando la persona se deja capacitar por Dios para vivir el amor cristiano con la radicalidad de sus exigencias evangélicas.

El amor de Jesús ha de ser hoy el ideal de todo cristiano. Necesitamos embarcarnos por este camino de entrega total a Dios a través del amor al prójimo, manifestado en el servicio cristiano, para ser felices al estilo de Chiquitunga: "¡Estamos en pleno tren de actividades! ¡Y qué feliz se es así!, máxime cuando se vive o, por lo menos, se quiere vivir por un ideal".

Su enfermedad la vivió con mucha paciencia, aceptando la voluntad de Dios con rasgos extraordinarios en su último diagnóstico: púrpura. Ella aceptaba la enfermedad valientemente y decía que eso era voluntad de Dios. Estaba enteramente entregada a la voluntad de Dios. No deseaba morir, pero cuando supo que la enfermedad era incurable, ella lo aceptó y la sobrellevaba con entereza.

Recién internada en el Sanatorio Mayo recibió transfusiones de suero interminables. Cuando iba a recibir la segunda, escribía a la Madre Priora, aceptando con paciencia la voluntad de Jesús: "Me pondrán otra vez (digo mal, Madre mía, "otra vez", pues estoy dispuesta a que sea cuantas veces Jesús quiera)".

Decir: "Me pondrán otra vez", le pareció era como "quejarse"; por eso añade enseguida: "Digo mal, Madre mía, otra vez, pues estoy dispuesta a que sea cuantas veces Jesús quiera", en total entrega a su divina voluntad.



Concluye en una de sus últimas cartas desde el hospital, señalando la voluntad divina en todo lo que vivía: "Hoy me hacen la transfusión de sangre y suero y mañana el famoso control, que no sé si ha de ser con la perforación. ¡Lo que Dios quiera y cuando Él quiera!".

Monseñor Óscar Usher, quien la visitaba diariamente en la Cruz Roja, da testimonio de cómo Chiquitunga aceptaba la muerte como voluntad de Dios: "Como cualquiera de nosotros, aceptaba. O sea, tenía miedo a la muerte, pero la aceptaba como la voluntad de Dios".

En una de sus cartas a la madre Teresa Margarita le comenta lo siguiente: **"Ayer Monseñor Moleón me hablaba del valor del apostolado del sufrimiento, sobre todo de este sufrimiento espiritual por el que estoy pasando." ¡Ayúdame a sobreponerme a todo! ¡Quiero con toda el alma reponerme en todo sentido, dar a Jesús todo, sin reservas de ninguna especie!"**

Así llevaba la hermana María Felicia hasta sus últimas consecuencias la contemplación cristiana en los pequeños acontecimientos de cada día, unida al gran sacrificio de la cruz renovado en la Eucaristía, como bien lo manifestó San Pablo: "Completo en mi carne lo que falta a los sufrimientos de Cristo" (Col 1, 24). Muchas veces ella lo había formulado: "¡Todo lo que sucede es adorable!".

El sufrimiento forma parte de la vida y, como tal, puede propiciar un encuentro eucarístico. El sufrimiento en sí no es buscado, no se contempla. Es una dimensión de la vida, una dimensión natural, como la muerte.

Con nuestras decisiones podemos leer el sufrimiento con esperanza o con rechazo. María Felicia vivió la experiencia de la enfermedad y la muerte como lo hizo porque toda su experiencia tuvo un fuerte vínculo con la Eucaristía.

En ese sentido, ejemplos como el de la Beata dan una dimensión cristiana al sufrimiento donde Jesús está presente.

Cuando Jesús dice "no los dejaré solos", significa que "estará con nosotros todos los días hasta el fin del mundo" y no es solo una promesa espiritual, es real, viva, vivificante, está presente en la Eucaristía, y por eso Chiquitunga se unió fuertemente a ella porque allí estaba Jesús.

Cuando el Señor dice "ámense como yo los he amado" es un mandato fuertemente eucarístico. De hecho, "la Eucaristía es el misterio central de nuestra fe". "Transforma el dolor en tiempo de esperanza y en prueba de amor".

Todos los que sufren saben que Dios ha experimentado esa oscuridad en Jesús. Todo dolor puede ser transformado en alegría. Es posible. No es obligatorio, pero sabemos que de cualquier modo ese dolor puede ser transformado en alegría.

Me preguntó: ¿Cómo se hace para transformar el sufrimiento en luz? He visto tanto sufrimiento oscuro, tanto sufrimiento que buscaba la luz, personas que han sufrido dramas enormes como la pérdida de un hijo. Esto es posible cuando continuamos toda nuestra vida en presencia de Dios.

Jesús transformó la vida de Chiquitunga porque ella le dio permiso cada día a día. De esta manera se conocieron, se frecuentaron, se encontraron.

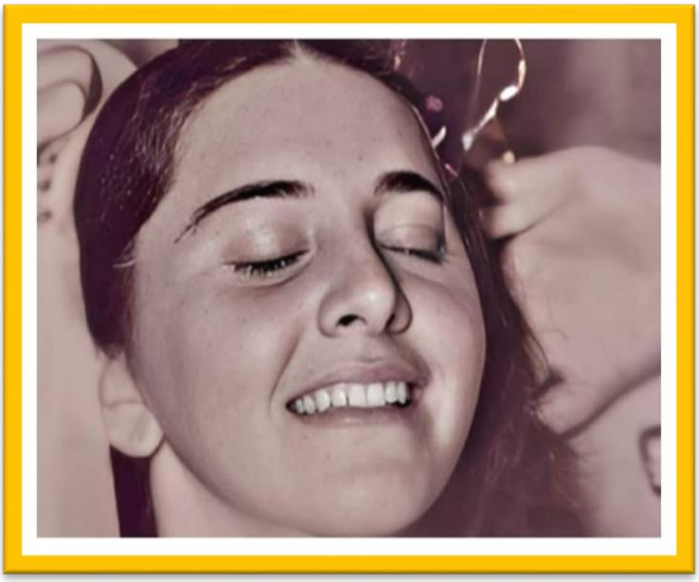
María Felicia experimentó la enfermedad con el lema que guió casi toda su vida: "Todo te Ofrezco, Señor (T2OS)".

Su médula ósea ya no producía glóbulos rojos. El resultado que dieron los análisis exhaustivos a que fue sometida en esas fechas arrojó este diagnóstico casi fatal. No había más sangre en ella que la sangre de las transfusiones.

Monseñor Moleón, capellán de la Cruz Roja, le administró la Unción de los Enfermos. Ese día Chiquitunga la pasó muy mal. Estaba decaída. Hasta ocho frascos de sangre le habían transfundido.

Para Chiquitunga no fue ninguna sorpresa que decidieran administrarle la Unción. Sonrió. Sintió una inmensa paz interior. Se santiguó con la mano izquierda cuando Monseñor la bendijo. El brazo derecho lo tenía inmóvil por la transfusión.

El 21 de abril de 1959 recibió la visita excepcional de la madre priora, María Teresa Margarita, y de la madre Eufrosina, superiora del convento. Habían pedido permiso a los superiores para trasladarse al Hospital de la Cruz Roja. Fue un instante de fiesta para el corazón de Chiquitunga. "Me han traído salud", escribió dos días más tarde. Y levanta sus manos y plegarias para que el Carmelo paraguayo sea el descanso de Jesús y la Betania en el corazón de cada una.



ÚLTIMAS HORAS DE CHIQUITUNGA

La mejor versión de las últimas horas de Chiquitunga es posible que sea la que dejó narrada la madre priora Teresa Margarita: El 27 de abril fue la víspera de su muerte. A su sufrimiento físico hubo que añadir grandes pruebas espirituales.

Se llamó inmediatamente a Freddy (su hermano médico), y a los otros facultativos que la atendían. Se le hizo la recomendación del alma. Reaccionó. Una hora después se repitió el espasmo. Cerca de las diez de la noche se produjo la hemorragia que le llenó de sangre la boca.

Vomitaba como un volcán humano. La respiración se le hizo penosa. Se le aplicó oxígeno, pero a nadie se le ocultaba que el momento fatal estaba muy cerca. Se repitieron los espasmos. Ella murmuró: **"Parece que Jesús está jugando conmigo".**

Recordó los versos de la Madre Teresa de Jesús: "Que muero porque no muero". Quería que se los recordaran enteros. Luego iba hablando a los que estaban a su lado. A Freddy lo compadeció. Le dijo que no se culpara de nada de lo que a ella le estaba sucediendo, que todo era cosa de Dios: "Tú te has portado como un estupendo profesional y como un gran hermano. Lo que pasa, Freddy, es que la vida y la muerte son cosas que vienen de Dios en emisión directa y a Dios regresan siempre". Don Ramón, papá de la Beata, lloraba. No había palabras que pudieran consolarle. Se le iba sin tiempo la segunda hija llamada por el Señor. **"Papito, no me llores. Ni tú tampoco, mamá. Soy feliz. Estoy con Jesús".**

A las cuatro de la madrugada del 28 de abril de 1959, María Felicia exhaló un suspiro hondo. Dio la impresión de que había muerto. Freddy tenía la cabeza de Chiquitunga apoyada en sus brazos.

Volvió Freddy su rostro hacia nosotros e hizo un gesto: "Chiquitunga acababa de morir". Pero no era aún la muerte. María Felicia alzó levísimamente la cabeza y miró hacia su papá. Dijo claramente: "Papito querido, ¡si supieras lo que es la religión católica! ¡Jesús, te amo! ¡Qué dulce encuentro! ¡La Virgen María!". Expiró.

La priora Teresa Margarita, testigo privilegiado del hecho, comenta sencillamente: "Plácidamente su alma voló al Creador, quedando estampada en su rostro la dulce y característica sonrisa que le había animado en vida".

En el convento nadie tuvo que despertar a nadie. Todas estaban vigilantes como doncellas del Evangelio y sintieron casi físicamente la muerte de Chiquitunga a la hora señalada. Las hermanas carmelitas le vistieron el hábito-mortaja.

Los sacerdotes de Asunción, que estaban reunidos en un Congreso Diocesano, recibieron la noticia del fallecimiento de la monja que fue el alma de la Acción Católica. Muchos de los sacerdotes dijeron haber recibido de Chiquitunga algún favor, alguna palabra espiritual.

Se colocó el cadáver en la capilla, tras la reja del coro. Tenía el rostro alegre, como de reposo en la paz. Le pusieron jazmines sobre el joven cuerpo. El velatorio fue una romería.

Se trajeron cientos de rosas, de jazmines, de rosarios que deseaban tocar el cuerpo de Chiquitunga. Y así se cumplió el anhelo del corazón de María Felicia, plasmado en la siguiente frase: **"Que se consuma mi vida, con calma, en silencio, a solas, brindándote en mi plegaria el homenaje mejor. Si es necesario ahora mismo. Nada Señor es ya mío, la vida Tú me la diste; yo te la entrego mi Dios". "Morir en tu Carmelo es mi ideal, Señor, pero no tengo fuerza si no me sostiene tu amor".**

La Beata María Felicia toca el corazón de sus devotos desde la fe

Fray Gilberto González, OCD Paraguay
Responsable de acompañar las reliquias de la beata María Felicia de Jesús Sacramentado

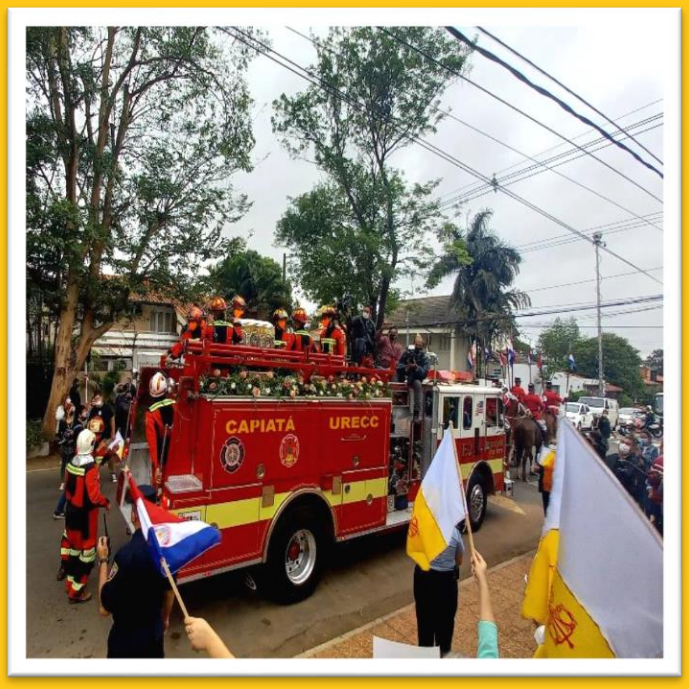
"¡Qué ansias inmensas de volar, de correr por los caminos de nuestra Patria!, si no me es dado el poder recorrer otros caminos y llegarme a los rincones más apartados y solitarios; porque quiero que todo se sature de Cristo y donde quiera que sea pueda dejar un rayito de luz": María Felicia.

Hoy, casi 64 años después, se está haciendo realidad este anhelo de la beata María Felicia de Jesús Sacramentado: sus reliquias de primer grado (restos óseos), viajan en una urna visitando varios lugares de Paraguay, acompañadas de un relicario pequeño para la bendición de los enfermos.

Es conmovedor ver que esta visita se convierte en un signo de unidad, ya que congrega a las familias, a los vecindarios y a todas las comunidades parroquiales y estudiantiles, sin distinción de edad: desde los más pequeños hasta los más grandes.

¿Qué es lo más interesante? La apertura y el anhelo con el que la reciben, más aún después del tiempo de pandemia que tuvo consecuencias muy negativas para muchas familias. Hoy salen al encuentro de una amiga y hermana que viene trayendo un mensaje de esperanza, dejando a su paso un rayito de luz.

Emociona ver cómo la reciben con júbilo, saludándola entre cantos con pañuelos blancos, banderas; los lugares adornados con globos y banderines coloridos, envolviendo todo el ambiente de alegría y calidez familiar.



La urna que peregrina fue diseñada por las madres carmelitas descalzas de la ciudad de Asunción, la cual tiene imágenes representativas de su vida. En la parte superior tiene el escudo del Carmelo y la frase "Lo que pido es amor para amar".

María Felicia pedía constantemente al Señor que inflamara su pecho en amor ardiente a Él y en Él, a todas las almas. Podemos leer en uno de sus escritos: "Señor, con toda el alma te pido que inflames mi corazón con tu santo amor y que cada día aumentes en mí la fe, la esperanza y la caridad. Aumenta en nosotros, Señor, el fuego de tu amor y tu eterna caridad" (…) "¡Señor! Calma mis ansias de amarte, amarte hasta el delirio, amarte hasta la muerte".

En todos los extremos de la urna se observan las flores de jazmín, que eran sus favoritas. La sencillez de sus flores son un recuerdo de cómo ella quería ser: el blanco de la pureza con la que quería conservar su alma y su exquisita fragancia por la que decía quería ser el buen aroma de Cristo.

Por donde pasaba regalaba jazmines a las personas con quienes se cruzaba en sus largos recorridos por las calles durante su visita a los enfermos, a los desamparados y marginados de la sociedad.

Todos los demás diseños de la urna están divididos por unos arcos inspirados en el claustro interno del Monasterio de Asunción, donde pasó los últimos años de su vida.

En los laterales podemos ver un cuadro familiar, a la Santísima Virgen María y a Jesús Sacramentado. Hay uno donde la vemos orando, en otro vestida de novia antes de su toma de hábito y un dibujo realizado por ella, abrazada a los pies del crucificado. **Está además su nombre de religiosa: Hna. María Felicia de Jesús Sacramentado y la frase que encierra su camino de santidad: "Todo te ofrezco, Señor". El sentido de esta frase será desarrollado por ella en un poema:**

"Todo te ofrezco, Señor, todo cuanto hay en mí:
las alegrías de mi alma, las agonías sin fin.

Todo te ofrezco, Señor: mis trabajos, mis pesares,
las notas de los cantares que a continuo elevo a Ti.

Todo cuanto hay en mí, todo de ofrezco, Señor,
para que sea de mí lo que te plazca, mi Dios.

Toda entera y sin reserva, haz que me llegue a
subir para estar contigo siempre, aunque me
cueste morir"

Su vida entera fue un ofrecimiento a Dios, inspirado por una profunda sed de apostolado, de ganar almas para Cristo. **Ella quería ser santa para poder ofrecer más. Ella misma decía: "Es necesario de urgencia santificarnos para poder dar algo a los demás".**

Su camino de entrega fue total y todo era una oportunidad de ofrecimiento, de inmolación: “Acepta, Dios nuestro, todo, absolutamente todo lo que hagamos, pensemos y digamos. ¡Nada, Señor, deje de estar ofrecido por tu gloria!”.

La consigna que encerraba su trabajo apostólico era dar todo, trabajar en silencio y sin descanso, hasta caer rendida y aún rendida seguir, dirá ella; pero no solo trabajar, sino que buscaba hacerlo todo en un espíritu de íntima unión con Dios.

Ese mismo espíritu apostólico lo vivió en plenitud ya dentro del Carmelo Descalzo, ofreciéndose por la salvación de todas las almas y con especial solicitud por los sacerdotes, rogando por ellos con insistencia y verdadero clamor: “Yo entiendo que nada mejor hay bajo el cielo y sobre el mar que el sacerdocio católico vivido en su plenitud de Orden” y por ellos se entregaba.

El ejemplo de su vida es una riqueza para nuestra Iglesia Católica, especialmente para nosotros los paraguayos.

Cuando rezamos en el Credo: “creo en la comunión de los Santos”, damos fe y sabemos que ellos están siempre con nosotros, que no nos abandonan a pesar de no estar presentes de manera física, que nos alientan y sostienen en nuestras dificultades y procesos de fe.

Nos dicen que también podemos llegar donde están ellos, con Dios. Es como si nos dijesen: si yo pude, también tú puedes.

Podemos excusarnos y decir que es muy difícil el camino, pero los santos nos dicen que difícil no significa imposible, sino que cuesta y lo que vale siempre cuesta.

Su testimonio también es una invitación para los jóvenes a dar una respuesta al llamado que hace Dios a vivir una vida en santidad, desde la vocación particular dentro de la Iglesia.

Ella imploraba mucho la gracia de ser fiel a Dios y de conocer lo que Él quería de ella, de poder discernir claramente su vocación. Ya en el Carmelo, poco antes de su toma de hábito escribe: “Yo me entrego a Ti, no sé a qué, pero me entrego; con miedo, sin embargo, y con cobardía, pero me entrego. Como nunca, estoy palpando tu poder, mi dependencia de Ti; y, aun así, ¡Tú ves y sabes cómo estoy! Solo con tu misericordia, confiada en ella, me arrojo a esto que sobrepasa toda fuerza humana ¡y más aún la mía! ¡Tened piedad de mí! Ayúdame a querer lo que Tú quieras, Jesús”.

Podríamos reflexionar con nuestra hermana María Felicia con cuánta generosidad respondemos al llamado de Dios en nuestra vida. Si nos damos del todo o nos damos a medias y, sobre todo, si imploramos la gracia de querer lo que Jesús quiere, para responder como ella: “¡Sí Padre!” y de conformar nuestra pequeña voluntad a la divina voluntad y así caminar hacia la santidad.

“¡Padre! Acepta para tu gloria, la entrega total de todo mi ser en unión con el holocausto de tu Divino Hijo; en Él con Él y por El quiero vivir, amar, orar, sufrir y morir. Elijo su corazón como lugar de mi eterna morada.

Me gustaría finalizar con un poema a Chiquitunga con la autoría de la hermana María Felicia Ramírez Pérez, una de sus devotas:

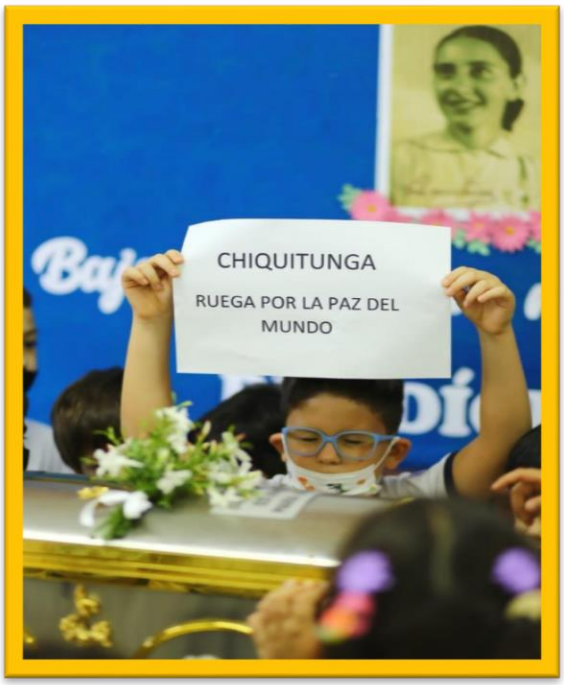
"Eres de este suelo, hija preferida,Villarrica es tu cuna sagrada. La Iglesia te honra mujer bendecida,venera tu imagen pía consagrada.

Salve Chiquitunga, clara doncella, eres paraguaya, de estirpe divina. Los fieles te aclaman con fe y devoción. Salve Chiquitunga, fulgente estrella.

Flor del Paraguay, eres tan preciosa, alegre, sencilla, tierna y amorosa. Tu alma tan pura aroma a jazmines, gózate en el cielo con los serafines.

Nutriste tu vida de la Eucaristía, de amor infinito Él llenó tu ser. Jesús el camino, la verdad y la vida, con su luz divina te hace renacer.

¡Gloria, gloria eterna al Dios Creador!alabemos juntos con fe al Señor. Alegres cantemos, en fraternidad, imploremos paz por la humanidad".



Sabía usted que...

Chiquitunga puso sus muchos talentos y su amor sin límites al servicio de las niñas de la Acción Católica, a quienes educaba con amorosa pedagogía y con el vivo ejemplo de su conducta. Era común verla saltar y cantar con ellas con una alegría de vivir tan admirable como contagiosa.

La vida espiritual de María Felicia, sobre la base de una sólida formación doctrinal, significó un adentrarse más por las vías del Espíritu. Es entonces cuando inició una oración de intimidad, que se prolongaba hasta altas horas de la noche.

Los recuerdos familiares la destacan como la hermana buena: “Se sacrificaba mucho por los demás, que inclusive la retábamos”. “Trataba de pacificar los ánimos”.

Ideas centrales que motivaron su apostolado: amor, generosidad, abnegación, sacrificio, olvido total de sí misma, entrega plena a Dios y al prójimo. Su amor por los pobres, por los humildes, por los que sufren, por los bienaventurados del Sermón de la Montaña.

Tres son las advocaciones de la Virgen María que conoció y veneró a lo largo de su vida: María Auxiliadora, la Virgencita Inmaculada de Caacupé y la Virgen del Carmen.

Nadie podría sospechar, detrás de su sonrisa y de las poesías alegres y fraternales, la tormenta que había empezado en su espíritu. Comenta el padre Prieto: “Pronto empezó a insinuarse en la Sierva de Dios la oscuridad del espíritu, hecha de inseguridad, duda…, la cual, a medida que se acercaba el día de su incorporación oficial a la Orden por la toma de hábito, se fue agudizando hasta convertirse en la "noche oscura" más cerrada que nunca había padecido”.

Recibió el hábito el 14 de agosto de 1955, recobrando desde entonces una paz y felicidad que habrían de ir en aumento hasta el día de su dichosa muerte. Hizo su profesión religiosa temporal el 15 de agosto de 1956.

La admiración, veneración y amor de María Felicia a los sacerdotes creció al mismo ritmo que su amor y veneración a Jesús Sacramentado.

Fuente:

- **Escritos del padre Julio Félix Barco OCD.**
- **Material facilitado por el Convento de Carmelitas Descalzas de Asunción, Paraguay.**

ORDEN SEGLAR DE CARMELITAS DESCALZOS - CALI

PROVINCIA SANTA TERESITA DEL NIÑO JESÚS DE COLOMBIA

ABRIL 2022

Correo electrónico: revistakarmelocdscali@gmail.com

Contacto: (+57) 3172546790